

EL AVARO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS:

POR

MONSIEUR DE MOLIERE:

TRADUCIDA LIBREMENTE

POR DON DAMASO DE ISUSQUIZA.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
The Arcadia Fund

https://archive.org/details/ComediasSueltas_8824052

ACTORES.

Don Onofre, padre de Joaquin y Luisa, y amante de Mariana. *El Señor Juan Miguel Antolin.*

Don Anselmo, padre de Jacinto y Mariana. *El Señor Vicente Garcia.*

Joaquin, hijo de Don Onofre, y amante de Mariana. *El Señor Juan Carretero.*

Luisa, hija de Don Onofre. *La Señora Antonia Prado.*

Jacinto, hijo de Don Anselmo, y amante de Luisa. *El Señor Bernardo Gil.*

Mariana, hija de Don Onofre. *La Señora Josefa Luna.*

Lucia. *La Señora Manuela Monteis.*

Agapito. *El Señor Agustin Roldan.*

SIMON, cochero y cocinero de Don Onofre. *EL SEÑOR JOSEF GARCIA.*

MARTIN, criado de Joaquin. *EL SEÑOR JOSEF OROS.*

CLAUDIA, criada de Don Onofre. *LA SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

PERICO.
DOMINGO. } Lacayos de Don Onofre.
LOS SEÑORES JOSEF CORTES Y JUAN CASANOVA.

UN ESCRIBANO. *EL SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

ACTO PRIMERO.

La Scena en Barcelona, en casa de Don Onofre.

SCENA PRIMERA.

Jacinto y Luisa.

Jac. ¿Qué es esto, amada Luisa? ¿Despues de las apreciables seguridades con que habeis tenido la bondad de acreditarme vuestra fé, os encuentro ahora melancólica? ¿Vos suspirais, señora, en medio de mi alegría? ¡O Dios! ¿Acaso os causa ya sentimiento el haberme hecho feliz? ¿os arrepentís, decidme, del empeño á que mi amor ha podido resolveros?

Luis. No, Jacinto, no puedo arrepentirme de lo que he hecho por vos: al contrario me siento arrastrar á ello por un impulso tan halagüeño, que no me dexa ni aun fuerzas para desear lo contrario. Pero si os he de decir la verdad, el suceso me da mucha inquietud, y temo amaros mas de lo que quizá debia.

Jac. ¿Y qué podeis temer en la bondad con que os dignais favorecerme?

Luis. ¡Qué puedo temer! ¡ó Dios mio! Debo temer cien cosas á un mismo tiempo. Los enojos de un padre, las reconvenciones de una familia, la censura de las gentes, y mas que todo, Jacinto, la mudanza de vuestro corazon, y la indiferencia criminal con que los de vuestro sexô suelen corresponder freqüentemente á los testimonios demasiado ardientes de un inocente amor.

Jac. ¡Ah! no me hagais la ofensa de juzgarme por los demas. Rezelad de mí sobre todo lo que querais, ménos de que pueda faltar á lo que os debo. Os amo demasiado para eso, y mi amor hácia vos durará miéntras que duráre mi vida.

Luis. ¡Ah! Jacinto: cada uno dice lo mismo. Todos los hombres son iguales en las palabras; pero las acciones son las que los manifiestan diferentes.

Jac. Pues si solo las acciones hacen conocer lo que somos, esperad á lo ménos á juzgar de mi corazon por las mias, y no me busqueis delitos en los injustos temores de una funesta prevision. Yo os pido no me traspaseis con los sensibles golpes de una sospecha injuriosa, y que me deis

tiempo para convenceros por medio de repetidas pruebas de la fidelidad de mi amor.

Luis. ¿Quán fácilmente se logra convencer á los que aman! Sí, Jacinto: yo considero vuestro corazon incapaz de engañarme: creo que me amais con un amor verdadero, y que me sereis fiel: no quiero dudar nada sobre este punto; pero mi temor queda con la aprehension del desprecio con que se me juzgará por las gentes.

Jac. ¿Pero por qué ese temor?

Luis. Yo no tendría que temer nada, si os mirasen con los ojos con que yo os miro, pues encuentro en vuestra persona con que justificar la accion que he hecho por vos. Mi corazon tiene para su defensa todo vuestro mérito, y el agradecimiento en que el cielo me comprometió á vuestro favor. Yo me represento á todas horas este peligro grande en que mutuamente se encontráron nuestras primeras miradas; esa generosidad heroyca que os hizo exponer vuestra vida, por libertar la mia del furor de las ondas; esos cuidados afectuosos y tiernos que me demostrasteis despues de haberme sacado de las aguas; y los rendimientos infatigables de un amor que no han podido entibiar el tiempo, ni

las dificultades; y que haciéndoos posponer la patria y los parientes, os detiene en estos lugares disfrazado vuestra suerte, reduciéndoos al destino de doméstico de mi padre, por tener el gusto de verme. Todo esto produce en mí sin duda un efecto maravilloso, y es muy suficiente á mi entender para justificarme del empeño en que he podido consentir; pero no es suficiente tal vez para justificarme á los ojos de las gentes; y rezelo que no se conformen con mis sentimientos.

Jac. No me recordeis, señora, acciones que de ningun modo merecen ocupar vuestra memoria, y que debo sentir labren en vos algun agradecimiento, quando solo por mi amor pretendo conseguir vuestro cariño. Por lo que hace á los demas escrúpulos que os atormentan, es claro que vuestro padre mismo toma bastante cuidado de justificaros á todo el mundo: y el exceso de su avaricia, y la austeridad con que vive con sus hijos podrian autorizar cosas mucho mas extrañas. Perdonadme, amada Luisa, si hablo así en vuestra presencia: vos sabeis que sobre este particular no se puede decir bien; pero en fin, si como lo espero, consigo tener noticias

de mis parientes, debemos esperar tambien nos sea favorable: yo las aguardo con impaciencia, y si tardan en venir, iré á buscarlas en persona.

Luis. No, Jacinto, no os vayais de aquí: yo os lo pido: pensad solo en conseguir la estimacion de mi padre.

Jac. Vos mirais como me comporto con él, y las extrañas condescendencias de que he tenido que usar para introducirme en su casa; baxo qué máscara de simpatía y union de sentimientos me he disfrazado para darle gusto; y qué carácter estoy representando con él todos los dias para lograr su cariño. Yo hago progresos admirables en este punto, y experimento que para ganar los hombres no hay medio mejor que el de adornarse á sus ojos de sus mismas inclinaciones. Entrar en sus máxîmas, incensar sus defectos, y aplaudir lo que ellos hacen. No hay que tener temor de dar en la demasía quando se trata de adularlos: los mas sutiles vienen á ser los mas rudos en atacándolos por el camino de la lisonja, y no puede haber nada por impertinente y ridículo que sea, que no se haga tragar sazonándolo con alabanzas. La sinceridad padece un poco en el oficio que hago; pero quando se ne-

cesita á los hombres es necesario acomodarse á su modo de pensar, y puesto que no se podria ganarlos sino por este camino, la falta no está en los que adulan, sino en los que quieren ser adulados.

Luis. ¿Pero por qué no procurais ganar tambien el favor de mi hermano, por si acaso la criada que sabe nuestro secreto llegase á revelarle?

Jac. No se puede componer el uno con el otro, porque el espíritu del padre y del hijo son cosas tan opuestas, que es dificultoso reunir estas dos confidencias. Vos de vuestra parte manejaos con vuestro hermano sirviéndoos del cariño que os tiene para atraerle á nuestro partido. El viene: yo me voy; aprovechad este rato para hablarle, y no le reveleis sino aquello que os parezca conveniente.

Luis. No sé si tendré valor para decirle algo del asunto.

SCENA II.

Joaquin y Luisa.

Joaq. Me alegro hallarte sola, querida hermana, porque tengo ganas de hablar contigo para descubrirte un secreto.

Luis. Joaquin mio, ¿qué tienes que decirme?

Joaq. Mucho, Luisa mia, mucho, mucho; en una palabra... estoy enamorado.

Luis. ¿Tú enamorado?

Joaq. Sí, estoy enamorado; y sé que dependo de un padre, á cuya voluntad me somete el nombre de hijo: sé que nosotros no debemos empeñar nuestra fé sin el consentimiento de los que nos han dado la vida; que el cielo los ha hecho dueños de nuestros deseos, y que nos es prohibido disponer de nosotros sin su anuencia: sé que no hallándose poseídos de ardores juveniles, se encuentran en disposicion de no engañarse como nosotros, y de conocer y distinguir lo que nos conviene; que es necesario seguir la luz de su prudencia, mas bien que la ceguedad de nuestra pasion, y que la fogosidad y débil juicio en la juventud nos arrastra freqüentemente á precipicios bien fatales. Todo esto lo sé, y todo te lo digo tambien para que no te canses en decírmelo, porque hallándose mi amor en disposicion de no escuchar nada, quiero y te suplico omitas las reconvenciones.

Luis. ¿Pero te hallas empeñado con la que amas?

Joaq. No, mas estoy resuelto á ello; y así te pido

nuevamente no intentes disuadirme.

Luis. ¿Acaso me juzgas tan inconsiderada?

Joaq. No, Luisa; pero tú no amas: ignoras la dulce violencia que hace sobre nuestros corazones un amor verdadero, y yo sé tu mucho juicio.

Luis. ¡Ay Joaquin! dexémonos de mi juicio, pues no hay en el mundo persona que no le pierda á lo ménos una vez en su vida; y si yo te descubriese mi corazon, quizá me encontrarias ménos juiciosa que tú.

Joaq. ¡Ojalá que tu alma sintiese como la mia!...

Luis. Concluyamos ántes tu asunto, y dime ¿quién es tu amada?

Joaq. Una jóven que vive desde poco tiempo en este barrio, y parece formada para engendrar amor en todos quantos la miran. La naturaleza no creo haya producido jamas cosa mas digna de ser amada; y yo te confieso que me hallé enagenado desde el momento que la ví. Se llama Mariana, y vive baxo la conducta de una madre que casi siempre enferma recibe de esta amable hija unas demostraciones de cariño nada imaginables, sirviéndola, compadeciéndola y consolándola con una ternura que conmueve toda el alma. Se maneja en quantas cosas hace con un

ayre el mas encantador del mundo, y en todas sus acciones se ven brillar un conjunto de gracias, una dulzura llena de atractivos, una bondad seductiva, una sencillez adorable, una... ¡ah Luisa! ¡quánto me alegrára que la hubieses visto!

Luis. Yo veo muy bastante en todo lo que me dices: y para comprehender su mérito me basta saber que tú la amas.

Joaq. Yo he llegado á descubrir con disimulo que no se hallan nada sobrantes, y que á pesar de su economía, los medios que pueden tener no alcanzan á sus necesidades: con que haciéndote cargo del regocijo que causa el mejorar la suerte de una persona que se ama, deduce por conseqüencia quál será mi sentimiento al ver que por la avaricia de un padre me encuentro imposibilitado de tener este gusto, y de dar á la persona que adoro alguna prueba de mi cariño.

Luis. Lo conozco, hermano; y confieso debe ser grande tu afliccion.

Joaq. ¡Ay Luisa! es mas grande de lo que tú puedes imaginar; porque ¿puede haber cosa mas cruel que esta rigorosa economía con que se nos trata, y esta extraña miseria en que se nos dexa padecer? ¿de qué puede servirnos la

riqueza, si no la logramos en la edad en que se disfruta de ella? ¿si aun para mantenerme necesito empeñarme ahora; y si para vestirme, regularmente tengo que acudir todos los dias á la codicia de los mercaderes? En fin, he querido hablarte sobre todo esto con el objeto de que me ayudes á sondear á nuestro padre sobre los sentimientos en que me hallo, baxo el supuesto de que si le encuentro contrario á mis deseos, tengo resuelto marcharme con la hermosa Mariana á disfrutar en otros lugares la fortuna que el cielo quiera dispensarme. Para esto hago buscar dinero á qualquier premio, y si tu modo de pensar ó tu interior se conforma algo con el mio, nosotros podrémos libertarnos de la miserable situacion en que su avaricia nos tiene toda la vida.

Luis. Es cierto que todos los dias nos da mas y mas motivos de sentir la muerte de nuestra madre, y que...

Joaq. Calla, que oigo su voz. Vamos adentro, y tratarémos el medio de atacar juntos la dureza de su genio.

Vanse.

SCENA III.

Don Onofre y Martin.

Onof. Fuera de aquí al instante, sin replicar. Vamos, echarle de casa á este maestro de gatería, gazapo de la horca.

Aparte.

Mart. En mi vida he visto hombre mas malvado que este maldito viejo; es imposible que no tenga, como dice la gente, los diablos en el cuerpo.

Onof. ¿Qué rumias entre dientes?

Mart. Nada; pero querria saber ¿por qué me echa vm. de casa?

Onof. Bribon, ¿ahora me vienes á pedir razones? Marcha aprisa, no sea que te...

Mart. Mas señor, ¿qué le he hecho yo á vm.?

Onof. Me has hecho el que me da la gana de que te vayas.

Mart. Su hijo de vm. me mandó que le esperase.

Onof. En la calle se le espera, y no en mi casa hecho un fantasma observando lo que se hace en ella para no perder las ocasiones de atrapar algo. Yo no quiero tener á todas horas delante

de mí una espía de mis negocios ; un traidor, cuyos ojos malditos asedian todas mis acciones, devoran lo que tengo , y escudriñan por todas partes para ver si hay algo que robar.

Mart. ¿Cómo diantre quiere vm. que se le pueda robar , quando todo lo tiene encerrado , y está de dia y de noche hecho un perenne centinela?

Onof. Encierro lo que me parece , y hago la centinela que me da la gana. Vea vm. unos moscones que se ocupan en observar lo que yo hago...

Aparte.

temo no haya sospechado alguna cosa de mi dinero.

Alto.

Díme: ¿serás tú capaz de ir diciendo por ahí que yo tengo en mi casa dinero oculto?

Mart. ¡Qué! ¿tiene vm. dinero oculto?

Onof. No digo eso , bribon : me desespero : digo ¿si maliciosamente irás tú diciendo que le tengo?

Mart. ¿Y qué me importa que vm. le tenga ó no le tenga , si para mí es lo mismo?

Onof. ¡Ola! ¿ahora te me pones á razonar? marcha...

Mart. Ya me voy.

Onof. Espera , espera : ¿me llevas alguna cosa?

Mart. ¿Qué le tengo de llevar á vm.?

Onof. A ver, acércate: muestra las manos.

Mart. Véalas vm.

Onof. Las otras.

Mart. ¿Las otras?

Onof. Sí.

Volviendo las palmas abaxo.

Mart. Véalas vm.

Onof. ¿No tienes aquí dentro nada?

Mart. Véalo vm.

Onof. Estos bolsillos grandes son muy á propósito para ocultar lo que se roba.

Mart. ¡Ah, qué bien empleado le sucediese lo que teme! ¡y quánto me alegraría yo de poderlo robar!

Onof. ¿Cómo?

Mart. ¿Qué?

Onof. ¿Qué es lo que dices de robar?

Mart. Digo que vm. registra lindamente para ver si le he robado.

Sigue registrando las faltriqueras, &c.

Onof. Me da la gana.

Aparte.

Mart. Mal haya la avaricia y los avariciosos.

Onof. ¿Cómo? ¿qué dices?

Mart. ¿Que qué digó?

Onof. Sí: ¿qué dices de avaricia y avariciosos?

Mart. Digo que mal haya la avaricia y los avariciosos.

Onof. ¿Y de quién hablas?

Mart. De los avariciosos.

Onof. ¿Y quiénes son esos avariciosos?

Mart. Unos entes viles, feos y horrorosos.

Onof. ¿Mas qué das á entender, ó qué entiendes tú por eso?

Mart. Sea lo que fuere: ¿vm. de qué se enfada?

Onof. Me enfado de lo que es menester.

Mart. ¿Vm. cree que yo hablo de él?

Onof. Yo creo lo que creo; pero quiero me digas, ¿á quién hablas quando dices eso?

Mart. Yo hablo... hablo á mi sombrero.

Onof. Y yo tambien puede que hable á tu cabeza.

Mart. ¿Me impedirá vm. maldecir los avariciosos?

Onof. No; pero te impediré el ser insolente.

Mart. Yo no nombro á nadie: el que se pique que se rasque.

Onof. Cuidao...

Mart. ¿Con que está vm. satisfecho?

Onof. Vamos, restituye sin registrarte.

Mart. ¿El qué?

Onof. Lo que me has quitado.

Mart. Yo no le he quitado á vm. nada.

Onof. ¿De veras?

Mart. De veras.

Onof. Marcha, pues, con dos mil diablos.

Mart. Este sí que es buen despedimiento.

Onof. A lo ménos ya ves que lo dexo á tu conciencia.

Mart. Muy bien.

Vase.

SCENA IV.

D. Onofre solo.

Onof. Vea vm. un canalla de criado que me incomodaba mucho; porque no me agrada mirar continuamente á mi lado estos semi-alanos cojos. A la verdad no es poco trabajo el guardar en casa una gran suma de dinero: se halla uno embarazado en inventar sitio seguro y oculto; porque en mi opinion los cofres fuertes son tan sospechosos, que yo jamas quiero fiarme de ellos, pues justamente son el zelo de los ladrones, y lo primerito que atacan.

SCENA V.

Don Onofre , Luisa y Joaquin.

Creyendo estar solo.

Onof. Sin embargo , no sé si habré acertado en sepultar en el jardin los dos mil doblones que cobré ayer. Dos mil doblones en oro es una cantidad bastante crecida para guardarla en casa.

Vé á sus hijos.

Por vida de... ¿si me habré vendido yo á mí mismo? ¿si habré hablado demasiado alto discurriendo hallarme solo? ¿qué es eso?

Joaq. Nada , padre.

Onof. ¿Ha mucho tiempo que estais ahí?

Luis. Ahora acabamos de llegar.

Onof. Habeis oido...

Joaq. Qué , padre?

Onof. Aquello...

Luis. ¿Quál?

Onof. Lo que acabo de decir.

Joaq. No señor.

Onof. ¿De veras , de veras?

Luis. Perdone vm. padre mio.

Onof. Yo conozco que habeis oído alguna cosa: es que yo hablaba conmigo mismo del trabajo que cuesta en el dia de hoy guardar el dinero; y decia, que es bien dichoso el que puede tener en su casa dos mil doblones.

Joaq. Nosotros temíamos llegar por no interrumpiros.

Onof. Yo me alegro de deciros esto para que no tomeis las cosas al contrario, y imagineis que soy yo quien digo que tiene los dos mil doblones.

Joaq. Nosotros no nos metemos en los negocios de vm.

Onof. Ojalá que yo tuviese los dos mil doblones.

Joaq. No creo que...

Onof. ¡O! esto sería una gran felicidad para mí.

Joaq. Esas son cosas...

Onof. Buena necesidad tengo de ellos.

Joaq. Yo juzgo...

Onof. Mucho me acomodára, y no me compadecería como me compadezco de lo miserables que estan los tiempos.

Joaq. Vos, padre mio, no teneis motivo de quejaros, pues se sabe que teneis bastantes bienes.

Onof. ¿Cómo es eso? ¿yo tengo bastantes bienes? Mienten los que lo han dicho: no hay cosa mas

falsa: los pícaros son los que hacen correr esas voces.

Luis. No os enfadeis por eso, padre mio.

Onof. Cosa bien extraña es el que mis propios hijos se conviertan en mis enemigos, y me vendan.

Joaq. ?Acaso es ser enemigo de vm. el decir que tiene bastantes bienes?

Onof. Sí señor. Semejantes discursos, y los gastos que vm. hace, serán motivo para que algun dia se me venga á degollar en mi casa, creyendo que me hallo cocido de doblones.

Joaq. ? Y qué gasto tan grande es el que yo hago?

Onof. Una friolera: ¿pues hay nada mas escandaloso que esos adornos con que os paseais por las calles? Yo regañaba ayer á tu hermana; pero esto es mucho peor. Ya te lo he dicho veinte veces, hijo mio; todo tu porte me desagrada: has dado en la manía de parecer Marques, y eso no lo puedes sostener sino robándome.

Joaq. ¿Y cómo quiere vm. que yo le pueda robar?

Onof. ¡Qué sé yo! ¿pero de dónde sacas tú para mantener ese tren?

Joaq. Es que soy afortunado en el juego, y lo que gano lo empleo en mi persona.

Onof. Muy mal hecho: si eres afortunado en el

juego, debias aprovecharte de él, poniendo á un interés regular el dinero que ganases para encontrarlo algun dia. Yo quisiera saber, sin hablar de las demas cosas, ¿de qué sirven esas botonaduras, esas hebillas, y esos lazos que te cubren de los pies á la cabeza, quando una docena de corchetes hacian el mismísimo efecto? ¿es menester acaso emplear el dinero en arañarse los pelos, quando los naturales estan mejor, y no cuestan nada? Yo apuesto á que en esas fruslerías hay lo ménos unos veinte doblones; y veinte doblones producen al cabo del año dos doblones y veinte y quatro reales, aunque no sea sino al mas pequeño interés de doce por ciento.

Joaq. Vm. tiene razon.

Onof. Vaya, dexemos eso, y vamos á hablar de otro asunto.

Advirtiendo que se hacen señas los dos hermanos.

¿Eh?

Aparte.

Yo creo que se hacen señas para robarme. ¿Qué quieren decir esos gestos?

Luis. Nos los hacemos sobre quién ha de hablar á vm. el primero, porque ambos tenemos que decir una cosa.

Onof. Y yo tambien tengo que deciros otra cosa á los dos.

Joaq. Es que la nuestra se dirige á matrimonio, padre mio.

Onof. De matrimonio es de lo que yo quiero tambien hablaros.

Luis. ¡Ah padre mio!

Onof. ¿Qué es eso? Digo, ¿es la voz de matrimonio, ó el matrimonio mismo lo que os da temor, hija mia?

Luis. El matrimonio puede hacernos temer á los dos, si nuestros deseos no se hermanasen con la eleccion de vm.

Onof. Poco á poco, y no os asusteis. Yo sé lo que conviene á los dos, y ni uno ni otro tendréis motivo de quejarse de lo que quiero hacer; y para principiar por un cabo, díme Joaquin ¿has visto una jóven, llamada Mariana, que vive no léjos de aquí?

Joaq. Sí, padre mio.

Onof. ¿Y tú?

Luis. Yo no la he visto; pero he oído hablar de ella.

Onof. ¿Y qué tal te parece esta niña?

Joaq. Muy amable seguramente.

Onof. ¿Su fisonomía?

Joaq. La mas sencilla y llena de espíritu.

Onof. ¿Su ayre y su modo?

Joaq. Admirables sin duda alguna.

Onof. ¿Crees que una jóven semejante es digna de que se piense en ella?

Joaq. Sí, padre mio.

Onof. ¿Y que es un partido apreciable?

Joaq. Apreciabilísimo.

Onof. ¿Que tiene traza de gobernar bien una casa?

Joaq. Sin duda.

Onof. ¿Y que un marido será feliz con ella?

Joaq. Fixamente.

Onof. Solo hay una pequeña dificultad, y es que me parece no tiene demasiados bienes.

Joaq. Los bienes, padre mio, no es cosa tan importante quando se trata de casar con una persona honrada y virtuosa.

Onof. Es verdad: eso quiere decir que lo que no se encuentra por una parte se puede ganar por otra.

Joaq. Se entiende.

Onof. En fin, me alegro que penseis como yo, porque su aspecto y su afabilidad me han ganado el corazon; y con tal que tenga alguna cosilla

de caudal, estoy resuelto á casarme con ella.

Joaq. ¡Ay!

Onof. ¿Qué?

Joaq. Vm. dice que está resuelto...

Onof. A casarme con Mariana.

Joaq. ¿Quién? ¿vm.? ¿vm.?

Onof. Sí; yo, yo: ¿qué quiere decir ese aspamento?

Joaq. Yo no sé qué me da: voyme de aquí.

Onof. Eso no será nada: vé á la cocina á beber un gran vaso de agua clara.

SCENA VI.

Don Onofre y Luisa.

Onof. Vea vm. los mozalvetes de ahora soplados, y no tienen mas espíritu que una gallina. Esto es lo que he resuelto de mí, hija mia. Por lo que toca á tu hermano, yo le tengo preparada una viuda, de quien se me ha hablado esta mañana; y á tí te he destinado el señor Don Anselmo.

Luis. ¿Don Anselmo?

Onof. Sí: un hombre maduro y juicioso, que lo mas que tiene son cincuenta años, y cuyas grandes riquezas se saben.

Luis. Yo no quiero casarme, padre mio,

Haciendo una reverencia.

si vm. gusta.

Onof. Y yo quiero que vm. se case, hija mia,

Remedándola.

si vm. gusta.

Luis. Perdóneme vm., padre mio.

Onof. Perdóneme vm., hija mia.

Luis. Yo soy muy servidora del señor Don Anselmo; pero con permiso de vm. no me casaré con él.

Onof. Y yo soy muy servidor de vm. señorita, pero con vuestro permiso vm. se casará con él esta noche.

Luis. ¿Esta noche?

Onof. Esta noche.

Luis. Eso no será, padre mio.

Onof. Esto será, hija mia.

Luis. No.

Onof. Sí.

Luis. No, le digo á vm.

Onof. Sí, le digo yo á vm.

Luis. Sobre que es una cosa á que no me reducirá vm.

Onof. Sobre que es una cosa á que yo la reduciré á vm.

Luis. Me mataré mas bien que casarme con él.

Onof Vm. no se matará... Mas vea vm. qué audacia. ¿Se habrá visto jamas que una hija hable de esta suerte á su padre?

Luis. ¿Pero se habrá visto jamas que un padre quiera casar á su hija de esta suerte?

Onof. Es un partido que no hay nada que decir contra él, y yo apuesto á que todo el mundo aprobará mi eleccion.

Luis. Y yo apuesto á que ninguna persona de juicio podrá aprobarle.

Onof. He, aquí viene Jacinto: ¿quieres que le hagamos juez de este negocio?

Luis. Desde luego.

Onof. ¿Te someterás á su dictámen?

Luis. Sí, señor: yo pasaré por lo que él diga.

Onof. Pues ya está hecho.

SCENA VII.

Los mismos y Jacinto.

Onof. Ven acá, Jacinto: nosotros te hemos elegido para que nos digas quién tiene razon, entre mi hija y yo.

Jac. Eso está claro: vm. la tiene sin dificultad.

Onof. ¡Pues qué! ¿sabes tú de lo que tratamos?

Jac. No, señor; pero vm. no sabría engañarse, y por consiguiente digo que vm. tiene razon.

Onof. Escucha: yo quiero casarla esta noche con un hombre rico y muy juicioso, y la atrevida me dice en mi cara mofándose, que no se casará con él. ¿Qué te parace de esto?

Jac. ¿Que qué me parece?

Onof. Sí.

Jac. He, he...

Onof. ¿Qué?

Jac. Me parece que en la realidad tiene vm. râzon, y nunca puede dexarla de tener; pero he.. tampoco le falta á la señorita enteramente.

Onof. ¡Cómo! Don Anselmo, es un partido ventajoso, es un caballero noble, juicioso, afable, muy acomodado, y sin hijo alguno de su primer matrimonio: ¿cómo podria ella encontrar cosa mejor?

Jac. Es verdad; pero la señorita podrá decir á vm. que precipita demasiado las cosas, y que era menester á lo ménos algun tiempo para ver si su inclinacion confrontaba con...

Onof. La ocasion dicen que es calva, y se debe coger un cabello. Yo encuentro con él una ven-

taja, que no la encontraré fácilmente con otro, porque la quiere sin dote.

Jac. ¿Sin dote?

Onof. Sí.

Jac. ¡Ah! ya no digo nada: es una razon de las mas convincentes, y es necesario rendirse á ella.

Onof. Es para mí un ahorro considerable.

Jac. Seguramente: eso no admite contradiccion. Es verdad que su hija de vm. puede hacerle presente que el matrimonio es un asunto mas grave de lo que se puede creer: que depende de él la felicidad ó infelicidad de toda la vida, y que una union que debe durar hasta la muerte no se ha de efectuar jamas sino con la mayor precaucion.

Onof. Sin dote.

Jac. Vm. tiene razon: eso es lo que lo decide todo: es claro. Hay gentes que podrian decir á vm. que en semejantes ocasiones, la inclinacion de una hija es sin duda una cosa que se debe tener muy en consideracion; y que esta gran desigualdad de edades, de genio y de sentimientos, expone un matrimonio á accidentes muy fatales...

Onof. Sin dote.

Jac. A eso no hay réplica: es constante: ¿quién

diantres ha de ir contra eso? No porque no haya infinidad de padres que querrian mejor la satisfaccion y el gusto de sus hijas, que no el dote que podrian darlas; y que no queriéndolas sacrificar al interés, buscarían mas que todo el proporcionar en un matrimonio esta amable conformidad, que sin cesar mantiene en él el honor, la tranquilidad y el gozo, y que...

Onof. Sin dote.

Jac. Es cierto: eso cierra enteramente la boca. ¡Sin dote! ¿Qué cosa puede haber que resista á una razon como esa?

Onof. ¡Ola! ¿me parece que oigo ladrar al perro: si se andará olfateando mi dinero? No te vayas, que vuelvo al instante.

SCENA VIII.

Jacinto y Luisa.

Luis. ¿Te burlas, Jacinto, hablándole como le hablas?

Jac. Lo hago por no irritarle, y para conseguir nuestro fin. Constrastar de frente su modo de pensar es el medio de echarlo á perder todo. Hay ciertos entes que es necesario acometerlos rastrean-

do; temperamentos enemigos de toda resistencia, naturales reacios á quienes la verdad hace desatinar, y que opuestos siempre al recto camino de la razon, no es posible conducirlos á donde se intenta, sino á costa de muchos rodéos. Aparentad que consentís en lo que quiere, y vereis como logramos...

Luis. ¿Mas este matrimonio, Jacinto?

Jac. Se buscará medio de deshacerle.

Luis. ¿Pero qué medio quando debe verificarse esta noche?

Jac. Es necesario pidais que se dilate, fingiendo alguna indisposicion.

Luis. Y si llaman los médicos, se descubrirá el fingimiento...

Jac. Disparate, ¿pues qué conocen ellos por ventura los males? No os dé pena: escoged el dolor que mas os agrade, baxo la segura inteligencia de que ellos encontrarán razones para deciros de qué procede.

SCENA IX.

Don Onofre en el fondo del teatro.

Onof. No ha sido nada, á Dios gracias.

Sin verle.

Jac. En fin, el último recurso es el de la fuga que nos puede poner á cubierto de todo: y si vuestro amor, bella Luisa, es capaz de una firmeza...

Vé á Don Onofre.

Sí, es necesario que una hija obedezca á su padre, sin detenerse á exâminar la estatura del marido, pues quando se encuentra en él la gran razon de sin dote, ella debe tomar prontamente todo lo que se la dé.

Onof. Vea vm. lo que se llama hablar bien.

Jac. Perdóneme vm. si me he excedido algun tanto, tomando el atrevimiento de hablarla de este modo.

Onof. ¡Cómo! Al contrario, me alegro mucho: y quiero darte sobre ella un poder absoluto.

A Luisa.

Si señor: tú has intentado huir; ¡he! pues yo le cedo toda la autoridad que el cielo me da sobre tí, y quiero hagas todo lo que él te mande.

Jac. Ya con eso resístase vm. á mis consejos.

A Luisa.

SCENA X.

Don Onofre y Jacinto.

Jac. Señor, voy á seguirla, para continuarla las lecciones que la daba.

Onof. Sí, Jacinto, vé, vé: te lo estimaré mucho.

Jac. Es bueno tenerla la brida un poco.

Onof. Cierto: es menester...

Jac. No le dé á vm. cuidado: yo espero conseguir mi fin.

Onof. Hazlo, hazlo: voy á dar un paseito, y vuelvo al instante.

Yéndose por donde se ha ido Luisa, y hablando con ella.

Jac. Si señora: la plata es mas preciosa que todas las cosas del mundo; y vm. debe dar gracias al cielo por haberle concedido un padre tan hombre de bien. El sabe lo que es vivir: quando se trata de dar una hija sin dote no se debe ya pasar adelante. Todo se halla encerrado en esto, y esta palabra sin dote, equivale á belleza, juventud, nacimiento, honor, sabiduría y probidad. *Vase.*

Onof. ¡Guapo muchacho! Eso sí que es hablar como un oráculo: dichoso el amo que tiene un criado como tú.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Joaquin y Martin.

Joaq. ¿A dónde diablos te has ido? No te habia mandado...

Mart. Si señor; pero vuestro padre me ha despedido con mucha gracia, despues de haberme registrado muy escrupulosamente, y de haber querido regalarme con unos quantos palos. ¿Mas cómo vamos de negocios?

Joaq. Muy mal, y las cosas urgen cada vez mas y mas. Desde que estuviste conmigo he descubierto que mi padre es rival de mis amores.

Mart. ¿Su padre de vm. enamorado?

Joaq. Sí, y yo he tenido el mayor trabajo en ocultarle la turbacion en que me puso semejante noticia.

Mart. Vaya, vaya: meterse en amoríos el buen

viejo: sin duda se burla; ¿pues acaso el amor ha sido hecho para las gentes de su calaña?

Joaq. Necesitaba yo por mis pecados que se lo pusiese en la cabeza esta extravagancia.

Mart. ¿Pero por qué razon le ocultais vuestro amor?

Joaq. Para darle ménos sospechas, y dexar abierto el camino á impedir este matrimonio: ¿y tú qué has hecho del otro encargo?

Mart. ¿Qué tengo de hacer? A la verdad que se puede tener lástima de los que buscan dinero á premio, pues quando, como le sucede á vm., hay necesidad de pasar por la mano de un usurero, es indispensable sufrir cosas muy extrañas.

Joaq. ¿Con qué no se ha hecho nada?

Mart. Si señor, se ha hecho. Don Agagito, un truchiman famoso por sus proezas en esta materia, me ha dado palabra de serviros.

Joaq. ¿Con qué tendré los dos mil pesos?

Mart. Si señor; pero con algunas leves condiciones, que es necesario admitais si quereis que se verifique el trato.

Joaq. ¿Y habeis estado con el sugeto que ha de prestar el dinero?

Mart. No señor: si esto no se hace de ese modo:

mas cuidado tiene él de ocultarse que vm.: son misterios mas grandes de lo que parecen. No quiere decir su nombre; pero debe abocarse hoy con vm. en una casa extraña, para instruirse de vuestra familia y bienes; y yo no dudo que solo el nombre de su padre de vm. haga fácil la cosa.

Joaq. Y mas habiendo muerto mi madre, cuya herencia no se me puede quitar.

Mart. Vea vm. algunos de los artículos que ha notado el mismo Don Agagito, para que se os presenten ántes de pasar á nada. "Baxo el supuesto de que al prestador se le den todas las seguridades, y que el obligado sea mayor de edad, de una familia con caudal abundante, sólido, seguro y libre de toda carga, se hará una obligacion ante el Escribano mas hombre de bien que pueda encontrarse, á voluntad del prestador interesado mas que la otra parte en que el documento vaya bien especificado.

Joaq. Sobre eso no hay nada que decir.

Mart. Mas: el prestamista para no cargar su conciencia con el menor escrúpulo, quiere dar su dinero solo al diez y seis por ciento.

Joaq. ¿Al diez y seis? Por vida mia que es un

buen modo de no cargar la conciencia. No hay motivo de quejarse.

Mart. Ya se vé. Mas como dicho prestador no tiene la cantidad de que se trata, y para servir al prestamista se vé precisado él mismo á tomarla prestada de otro con el interés de cinco por ciento, convendrá que el referido primer prestamista pague este interes sin perjuicio de lo demas, mediante á que solo por servirle se obliga el dicho prestador alcanzar sobre sí este empréstito.

Joaq. ¿Qué diablo de pirata es ese? pues de ese modo sale á mas de veinte por ciento.

Mart. No hay duda: eso es lo que yo he dicho. Escuche vm. todavía.

Joaq. ¿Qué tengo de escuchar? Necesito dinero, y es preciso consentir en todo. ¿Qué mas hay?

Mart. Solo un artículo pequeño. De los dos mil pesos que se solicitan, el prestador no podrá entregar en dinero contante sino las dos terceras partes, y por la restante tomará el prestamista los géneros y enseres que contiene la adjunta memoria, los quales se han puesto al precio mas moderado.

Joaq. ¿Y qué quiere decir eso?

Mart. Escuche vm. la memoria. Primeramente: una cama de quatro pies, franjas de punto de Bohemia, puestas con mucho gusto sobre un rasoliso, color de naranjo á medio madurar, con seis cortinas, y la colcha de lo mismo, todo bien acondicionado y envuelto en un tafetan roxo que tira á azul. Item: un pabellon de cola de una buena sarga de Marruecos, rosa seca y franjas de seda.

Joaq. ¿Y qué diablos quieres que haga yo de eso?

Mart. Escuche vm. Item: una colgadura de tapices, representando los amores de Gombaul y Macias. Item: una mesa muy grande, madera de alcornoque de doce pies torneados en forma de pilastras guarnecida toda por abaxo de cascabelillos.

Joaq. Pero hombre...

Mart. Tenga vm. un poco de paciencia. Item: tres grandes mosquétes guarnecidos de nacar con las abrazaderas correspondientes. Item: un hornillo con dos cuernos y tres recipientes, instrumento muy apreciable para los que sean aficionados á destilar.

Joaq. Me desespero...

Mart. Ya, ya se acaba. Item: una harpa primorosa

que segun una tradicion muy probable, es la misma con que acompañaba las folías la Infanta Altisidora, para consolar á su querido prisionero. Item: un juego titulado *Pasa aquí*, antigüedad griega é inventado en el sitio de Troya. Item: un pellejo de gato montés lleno de paxa, y muy propio para adornar el cielo de un gabinete: todo lo qual, aunque valuado en trescientos doblones, el prestador queriendo proceder con la mayor equidad, lo rebaxa á doscientos.

Joaq. Mal tabardillo le dé al infame con tanto relatar. ¡Se habrá visto jamas una usura semejante! ¿No se contenta con el diabólico interés que exîge, sino que quiere obligarme á tomar por doscientos doblones los trastos inútiles que ha acinado? Yo no podré sacar de ellos ni ciento, y con todo eso es necesario consentir en lo que quiera, porque me tiene con el dogal á la garganta.

Mart. Ello á la verdad es lo mismo que comerse vm. el trigo en yerba.

Joaq. ¿Y qué quieres que yo haga? Este es el extremo á que se ven reducidos los hijos por la maldita avaricia de los padres: y luego se admirarán de que esten deseando se mueran.

Mart. Es menester confesar que el de vm. excitará contra su miseria al hombre mas moderado del mundo. Yo no tengo, á Dios gracias, las inclinaciones que suelen tener muchos de mi oficio; pero sin embargo, si he de decir la verdad, la conducta de su padre de vm. me da tentaciones de robarle, y casi creo que robándole haría una accion meritoria.

Joaq. Dame esa memoria ó ese diablo.

SCENA II.

Don Onofre, Don Agapito, Joaquin y Martin.

Agap. Sí: es un jóven que tiene necesidad de plata, porque sus negocios le urgen, y pasará por todo lo que le prescribais.

Onof. ¿Pero cree vm. Don Agapito, que no haya nada en que rezelar? ¿Sabe vm. el nombre, los bienes y la familia del sugeto?

Agap. No, yo no puedo informaros á fondo de todo eso, porque se me ha dirigido casualmente, y no le conozco sino de vista; pero vm. lo será por sí mismo: y su interlocutor ó agente me ha asegurado que en conociéndole quedaréis satis-

fecho. Todo lo que yo podria decir á vm. es que su familia es muy rica, y que no tiene madre, y que se obligará, si quereis, á que su padre muera ántes de ocho meses.

Onof. Eso tal qual es bueno. En fin, Don Agapito, la caridad nos obliga á favorecer al próximo quando podamos.

Agap. Claro está.

Martin á su amo viendo á Don Agapito.

Mart. ¿Qué querrá decir aquello? El famoso Don Agapito está hablando con su padre de vm.

Joaq. Mas si sabrá ya que yo soy...

Viéndolos.

Agap. Pero ha...

A Joaquin.

¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí? Crea vm. que no he sido yo quien les ha descubierto vuestro nombre y vuestra casa; mas en fin, yo creo no haya nada perdido por eso: ellos son sugetos de reserva y podeis tratar boca á boca.

Onof. ¿Cómo es eso?

Agap. El señor es el que quiere tomar los dos mil pesos de préstamo.

Onof. ¡Cómo, pícaro! ¿tú te abandonas á unos extremos tan infames?

Loaq. ¡Cómo, padre! ¿y vm. se abandona á acciones tan vergonzosas?

Agapito y Martin huyen.

SCENA III.

Don Onofre y Joaquin.

Onof. ¿Con que eres tú quien se quiere arruinar con empréstitos tan condenados?

Joaq. ¿Con que es vm. quien procura enriquecerse con usuras tan iniquas?

Onof. ¿Y te atreves todavía á ponerte en mi presencia?

Joaq. ¿Y vm. se atreverá despues de esto á ponerse delante de las gentes?

Onof. ¿No te avergüenzas, dime, de llegar á estas disoluciones, de precipitarte en unos gastos tan diabólicos, y de hacer una afrentosa disipacion de los bienes que te han acumulado tus parientes con tanto sudor de su rostro?

Joaq. ¿Y no se avergüenza vm. de denigrar su estado con los ilícitos comercios que hace, de sacrificar su estimacion al insaciable deseo de amontonar onza sobre onza, y de especular en materia de intereses sobre las mas infames suti-

lezas que han inventado hasta ahora los mas célebres usureros?

Onof. Quítate de mis ojos, vergante: quítate.

Joaq. ¿Quién es mas criminal á su juicio de vm.? ¿el que compra un dinero que le hace falta, ó el que roba un dinero de que no sabe qué hacer?

Onof. Ya he dicho que te vayas: no me sofoques mas. *Solo.*

En verdad que casi no me pesa de este suceso, pues es un aviso para tener el ojo alerta mas que nunca sobre todas sus acciones.

SCENA IV.

Don Onofre y Lucía.

Luc. Señor...

Onof. Espérate un instante, y hablarémos: no será malo que dé un vistazo hácia mi dinero.

SCENA V.

Lucía y Martin.

Mart. Vaya que la tal memoria es... mas ola, señora Lucía, ¿qué tiene vm. que hacer por aca?

Luc. Tengo que hacer lo que en todas partes: en-

tremeterme en negocios, y ser útil á las gentes, aprovechándome lo posible del poquito talento que tenga. Ya sabes que en este mundo es necesario vivir de industria, y que á las personas como yo no ha dado el cielo otras rentas que su intriga y su habilidad.

Mart. ¿Pero tienes algun negocio con el amo de la casa?

Luc. Sí: manejo para él un asuntillo de que espero lograr alguna recompensa.

Mart. ¿De quién? ¿de él? por vida mia que has de ser bien astuta como saques la menor cosa; porque, amiga, sábete que la plata en este recinto es muy estimada.

Luc. Hay cierta clase de servicios que estimulan mucho.

Mart. Ya me hago cargo; pero veo que no conoces bien al señor D. Onofre. El señor D. Onofre es de todos los humanos el humano ménos humano, y el mortal de todos los mortales mas duro y mas apretado. No hay servicio que excite su reconocimiento al punto de hacerle abrir las manos. Cosa de alabanza, estimacion, amistad, todo lo que se quiera en palabras; pero plata, se concluyó el negocio. Nada de mas seco

y árido que sus gracias y sus caricias : el *dar* es para él una voz á que tiene tanta aversion, que jamas dice *doy á vm.* , sino *presto á vm. los buenos dias*.

Luc. Ah, ah : yo sé el arte de engañar á los hombres : tengo el secreto de abrirme la puerta á su terneza, mover los corazones, y encontrar la parte por donde flaquean.

Mart. Todo eso para aquí es una friolera : yo apuesto á que no eres capaz de mover al tal Don Onofre en tocando *á la bolsa.* Mira : él ama al dinero mas que reputacion, honor, virtud... solo la vista de uno que le pide le da convulsiones, y es herirle mortalmente, atravesarle el corazon, arrancarle las entrañas... mas él viene, yo me escurro.

SCENA VI.

Don Onofre y Lucía.

Onof. Pues señor, va bien : no hay novedad... Ho bien Lucía, ¿qué tenemos?

Luc. ¡O señor! ¡qué famoso está vm.! y como el semblante demuestra perfectamente que estais bueno.

Onof. ¿Quién, yo?

Onof. Vm.: jamas le he visto con el rostro mas fresco y mas gallardo.

Onof. ¿De veras?

Luc. ¡Cómo! En toda la vida ha estado vm. tan jóven como ahora: y yo veo hombres de veinte y cinco años que estan mas viejos que vm.

Onof. Sin embargo, Lucía, yo tengo sesenta bien cumplidos.

Luc. Y qué son sesenta años: miren qué cosa. Es la flor de la edad: vm. entra ahora en la bella estacion del hombre.

Onof. Es así; pero no obstante creo que no me dañarian veinte años ménos.

Luc. ¡Vm. se chancéa! ¿qué necesidad tiene de eso quando vuestra complexîon es de vivir hasta cien años?

Onof. ¿Sí?

Luc. Seguramente: vm. tiene todas las señales de ello. Espere vm. un poco: he aquí entre los dos ojos una de larga vida.

Onof. ¡Pues qué! ¿Entiendes tú de eso?

Luc. Si señor. ¿A ver la mano? ¡ó Dios mio! ¡y qué raya tan larga!

Onof. ¿Cómo?

Luc. ¿No vé vm. hasta dónde camina esta raya?

Onof. ¡Y bien! ¿Qué quiere decir eso?

Luc. ¿Qué ha de querer decir? que yo dixe viviríais cien años; pero ahora digo que pasaréis de ciento y veinte.

Onof. ¿De veras, de veras?

Luc. Vaya: como que será necesario enterrarle á vm. por fuerza, despues que vm. haya enterrado á sus hijos, y á los hijos de sus hijos.

Onof. Mejor que mejor; pero hablando de otra cosa, ¿cómo vamos de nuestro negocio?

Luc. Eso no hay que preguntar: asunto que yo tome á mi cargo no puede dexar de rematarse felizmente; y sobre todo para los matrimonios tengo una habilidad estupenda y maravillosa. No hay en el mundo boda alguna que yo no consiga efectuar en poco tiempo: y si se me pusiese en la cabeza, creo que habia de casar á... En el nuestro no habia sin duda grandes dificultades que vencer, pues como entro continuamente en su casa las he hablado de vos á ambas, y he dicho á la madre el designio que habiais concebido por Mariana, viéndola pasar algunas veces por la calle, y tomar el fresco en el balcon.

Onof. ¡Y qué! ¿Qué ha respondido?

Luc. Ha oído la proposicion con gusto, y quando he añadido que vm. deseaba que Mariana asistiese esta noche al contrato que debe hacerse de la señorita, ha consentido en ello al instante, confiándola á mi cuidado.

Onof. Es que yo tengo que dar una cena á D. Anselmo, y querria que Mariana asistiese de convidada.

Luc. Pues bien: ella hace cuenta de venir á visitar á vuestra hija temprano para ir despues á dar un paséo, y volver á la hora del refresco.

Onof. Con eso les prestaré el coche para que vayan juntas.

Luc. Esa es su intencion.

Onof. ¿Pero dime, Lucía, has hablado algo á la madre sobre lo que podia darla de dote? ¿Le has dicho que era necesario hiciese algun esfuerzo, y se sangrase para una ocasion como ésta? Porque en fin, ya ves que no se casa fácilmente una hija sin que lleve alguna cosa.

Luc. ¡Cómo! es una jóven que os traerá quatro mil ducados de renta.

Onof. ¿Quatro mil ducados de renta?

Luc. Cabalito.

Onof. ¿De veras?

Luc. De veras: escuche vm. Primeramente: ella se mantiene con un ahorro muy grande de boca: su costumbre es de no comer sino ensalada, leche, sopas, &c.: por consiguiente no necesita ni mesa con aparato, ni manjares delicados, ni otras delicadezas que necesitaría qualquiera muger, y se deben regular lo ménos á mil ducados por año. Además de esto no es apasionada á vestidos magníficos, joyas ricas, ni muebles preciosos, tan propio de la mayor parte de las hembras de su condicion, y esto equivale á mas de otros mil ducados por año. Con que si añadís la aversion que tiene para con el juego y las diversiones, nada comun en las mugeres del dia, pues yo sé quien ha gastado solo en este artículo mas de tres mil ducados, en un año encontraréis otra parte de renta de dos mil ducados á lo ménos: y vendrémos á sacar que dos mil ducados de diversion y juego, mil en vestidos y joyas, y otros mil en el alimento, componen los quatro mil de renta al año bien cumplidos.

Onof. Ya, todo eso no es malo; pero la cuenta no tiene nada de efectivo.

Luc. Perdone vm. ¿Con qué no tiene nada de

efectivo traeros en matrimonio una gran sobriedad, una simplicidad de adornos muy grande, y un aborrecimiento total hácia el juego y la diversion?

Onof. Es una bufonada querer constituirme su dote de todos los gastos que no haga, pues yo no tengo de dar cuenta de lo que no recibo: era menester que yo palpase algo.

Luc. ¡O Dios mio! ya me han hablado de un cierto pais donde tienen muchos bienes de que sereis el amo.

Onof. Eso, eso es necesario ver. Pero, Lucía, todavía queda un rezelillo que me inquieta. La muchacha, como sabes, es jóven, y los jóvenes por lo regular aman sus semejantes, y no desean sino su compañía. Yo temo que un hombre de m edad no sea de su gusto, y produzca en mí ciertas cosillas que no me acomodarían.

Luc. ¡Ah! qué mal la conoce vm. Es aun otra particularidad que me faltaba deciros: tiene una aversion tremenda á todos los jóvenes, y solo los viejos logran toda su estimacion.

Onof. ¿Ella?

Luc. Ella: si señor: me alegrára que la hubieseis oído hablar sobre esto: no puede aguantar abso-

lutamente la vista de un hombre jóven; mas dice que se eleva al mirar un buen viejo con barba respetable. Los mas viejos son para ella los mas agradables, y yo os aconsejo no os hagais mas jóven de lo que sois. Pues quiere que á lo ménos sean sexâgenarios, como que no hace todavía quatro meses que estando ya tratada de casar, desbarató la boda porque el novio hizo ver que no tenia sino cincuenta y seis años, y no se puso anteojos para firmar el contrato.

Onof. ¿Por eso solamente?

Luc. Solamente por eso: ella dice que no la bastan cincuenta y seis años: y sobre todo quiere narices que traígan anteojos.

Onof. A la verdad que me dices unas cosas muy extrañas.

Luc. Pues aun es mas de lo que se puede decir. En su quarto tiene algunos quadros y estampas; ¿pero de quién le parece á vm. que serán? ¿De Adonis, Céphalos, Páris y Apolo? Nada ménos que eso: son hermosos retratos de Saturno, de Priamo, del viejo Nestor, y del buen padre Anchîses sobre los hombros de su hijo.

Onof. Eso es muy particular: vea vm. lo que yo no habria pensado jamas: y me alegro saber que

tiene ese humor: y en efecto, si yo hubiera sido muger no habria amado nunca á los hombres jóvenes.

Luc. Lo creo: pues á la verdad los jóvenes son unas drogas bien poco dignas de amarse: ¿yo querria saber qué mérito se encuentra en ellos, ni qué gusto?

Onof. Yo no comprehendo que haya alguno; y no sé cómo hay mugeres que los quieran tanto.

Luc. Es menester ser locas rematadas: ¿hallar la juventud amable, es tener el sentido vuelto; porque acaso pueden ser hombres unos jóvenes melifluos? ¿puede haber quien se una á semejantes animalejos?

Onof. Eso es lo que yo digo todos los dias. Con su tono de voz acaponada, sus bigotillos de barba de gato, sus pelos de perro de aguas, sus casacas arremangadas, y sus estómagos llenos de ayre...

Luc. Y es la pura verdad... Una persona como vos es todo un hombre. Hay con que satisfacer la vista, y es propiamente como debe ser hecho y adornado para agradar.

Onof. ¡Qué! ¿te parece estoy bueno?

Luc. ¡Cómo qué! estais capaz de hechizar á qual-

quiera muger: y vuestra figura es digna de pintarse. Vuélvase vm. un poco: ¡pues! no se puede dar cosa mejor: ¿á ver como andais? Vea vm. un cuerpo bien hecho, libre y desembarazado como debe ser, y que no muestra ningun achaque.

Onof. Yo no los tengo grandes, á Dios gracias. Solo una fluxîon me incomoda de quando en quando.

Luc. Eso no es nada. La fluxîon no le cae á vm. mal, ántes al contrario le hace gracia la tos.

Onof. Dime, Lucía: ¿me ha visto Mariana alguna vez? ¿No ha puesto cuidado quando paso por la calle?

Luc. No; pero hemos hablado largamente de vm.: la he hecho un retrato de vuestra persona, y no he omitido alabar vuestro mérito, y la dicha que sería para ella el tener un marido como vos.

Onof. Has hecho bien, te lo estimo mucho.

Luc. Mire vm.: yo tenia que haceros una súplica: me hallo con un asuntillo entre manos, y no le puedo concluir por falta de un poco de dinero:

Don Onofre toma un ayre sério.

vos podriais fácilmente proporcionarme los medios de verificàrlo con felicidad si quisiérais fa-

vorecerme. Vm. no podrá concebir el gusto que ella recibirá de veros.

Se pone alegre.

¡Ah! quánto le agradaréis, y qué efecto tan admirable no causará en su espíritu vuestra frescura á lo antiguo: pero sobre todo ella se hechizará de vuestra casaca atacada con corchetes: eso la pondrá loca de contenta, pues un amante acorcheteado es para ella de un gusto maravilloso.

Onof. Como soy que me encantas con decir esas cosas.

Luc. A la verdad crea vm. que este asunto me es de la mayor conseqüencia.

Se pone sério.

Si le pierdo quedo arruinada, y ahora le podria remediar con poco auxîlio que me diérais. Yo quisiera hubieseis visto el gozo que mostraba quando yo la hablaba de vos:

Se pone alegre.

al oir vuestras calidades se le conocia en los ojos el regocijo de su corazon; y en fin la puse en una impaciencia extrema de ver concluído enteramente este matrimonio.

Onof. Me has dado mucho gusto, Lucía, y con-

fieso te estoy muy agradecido.

Luc. Yo le pido á vm. me dé el socorrillo que he dicho: pues con él mejoraré mis negocios, y labraréis en mí un reconocimiento eterno.

Onof. A Dios: voy á acabar de escribir.

Luc. Os aseguro que jamas podríais socorrerme en una situacion mas apurada.

Onof. Yo daré órden de que el coche se halle pronto para llevaros á paséo.

Luc. Crea vm. que no le cansaría sino me viese forzada á ello por la necesidad.

Onof. Yo tendré cuidado de que se cene temprano para que no os haga daño.

Luc. Os suplico no me negueis el favor que os pido. Creed...

Onof. Me llaman adentro: hasta luego.

Vase.

Luc. Mala sarna te coja, perro de los diantres. El vejestorio se ha mantenido firme contra todos mis ataques; pero sin embargo es menester no dexar la empresa, pues á bien que de la otra parte tengo siempre asegurada una buena gratificacion.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Don Onofre, Joaquin, Luisa, Jacinto: Claudia con un paño en la mano. Simon, Perico y Domingo.

Onof. Vamos acá todos, para que yo os distribuya las órdenes, y regle á cada uno su destino. Acérquese vm. señora Claudia, principiarémos por ella. Bueno: eso es estar con las armas en la mano: yo os destino á limpiar la casa; pero cuidado con no frotar demasiado los muebles, porque ya vé vm. que se desgastan. Además de esto os constituyo, durante la cena, por gobernanta de las botellas; y si se extravía alguna, ó se oculta qualquiera cosa, yo lo desquitaré de vuestro salario.

Aparte.

Sim. Castigo político.

Onof. Marchaos. Vosotros, Perico y Domingo, vais destinados á cuidar de los vasos, y dar de beber; pero solamente quando haya sed, y no como por lo regular lo hacen algunos lacayos

fastidiosos, que van á provocar á los convidados avisándoles que beban quando no piensan en ello. Aguardad á que se os pida dos ó tres veces, y acordaos de llevar siempre mucha agua.

Aparte.

Sim. Bien hecho, porque el vino puro se sube á la chabeta.

Dom. ¿Y nos hemos de quitar los sacos?

Onof. Quando veais venir á las gentes, sí: mas cuidado con no estropear las libreas.

Dom. Es que la mia ya sabe vm. que tiene una mancha de aceyte por delante.

Per. Y mis calzones un agujero por entrepiernas, que se vé con perdon de vm...

Onof. Eso no le hace: tú juntas bien las rodillas para ocultar el agujero, y tú tapas la mancha con el sombrero, ó con el brazo: idos, idos.

Vanse.

Por lo que respecta á tí, hija mia, es necesario que tengas el ojo alerta, sobre todo para que no se gaste nada mal gastado, pues esto sienta muy bien á las niñas. Pero ante todas cosas prepárate á recibir, como corresponde, á mi novia, que debe venir á visitarte, y á llevarte á paséo. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Luis. Sí, padre mio.

Vase.

Onof. Pues anda con Dios. Y vm. señorito, á quien yo tengo la bondad de perdonar la historieta pasada, no vaya vm. ahora á ponérmela mal gesto.

Joaq. ¿Yo mal gesto? ¿por qué razon?

Onof. ¡Oh! ya sabemos el proceder de los hijos quando los padres se vuelven á casar, y con qué ojos miran por lo regular lo que se llama madrastra. Pero si deseais que yo me olvide de vuestra última travesura, os encargo sobre todo admitais con buen semblante á ésta, y le hagais el mejor recibimiento que os sea posible.

Joaq. Si he de decir á vm. la verdad, no puedo aseguraros me dé gusto el que venga á ser mi madrastra: yo mentiria si dixese lo contrario; pero en quanto á recibirla bien, y mostrarle buen semblante, prometo obedecer á vm. puntualmente.

Onof. Procurad hacerlo así á lo ménos.

Joaq. Vm. verá que no le doy motivo de queja sobre este punto.

Onof. Haréis muy bien.

Vase Joaquin.

SCENA II.

Don Onofre, Jacinto y Simon.

Onof. Jacinto, ayúdame ahora. Ven acá, Simon, acércate: he querido dexarte para lo último.

Sim. Es al cochero, ó al cocinero á quien quiere vm. hablar, porque yo soy uno y otro.

Onof. Es á los dos.

Sim. ¿Pero á quál de los dos el primero?

Onof. Al cocinero.

Sim. Sírvase vm. esperar un poquito.

Se quita la casaca de cochero, y queda vestido de cocinero.

Onof. ¿Qué diantre de ceremonia es esa?

Sim. Ya puede vm. decir lo que quíera.

Onof. Pues señor, yo estoy comprometido en dar esta noche una cena.

Aparte.

Sim. ¡Milagro!

Onof. Con que, ¡qué tal! ¿la dispondrás bien?

Sim. Si señor, en dándome bastante dinero para ello, no hay dificultad.

Onof. Qué diablo: siempre dinero: parece que no tienen que decir otra cosa sino dinero, dinero

dinero. Continuamente hablar de dinero: esta es...

Jac. Yo no he visto jamas respuesta tan fastidiosa como esa. Vea vm. qué milagro hacer buena cena con mucho dinero: eso lo hará qualquiera: la habilidad es hacer buena cena con poco dinero.

Sim. ¿Buena cena con poco dinero?

Jac. Si señor.

Sim. Vm. señor mayordomo, nos hará un gran favor en descubrirnos ese secreto, y á mí me le hará tambien en tomar el oficio de cocinero, puesto que todo lo sabe vm. y todo lo quiere manipular.

Onof. Vamos callando, y dí lo que se necesita.

Sim. Ahí tiene vm. su mayordomo, que le dispondrá buena cena por poco dinero.

Onof. Yo quiero que tú respondas.

Sim. ¿Quántos serán vms. de mesa?

Onof. Nosotros seremos ocho ó diez; pero no es necesario contar sino ocho, pues poniendo de cenar para ocho, habrá muy bastante para diez.

Jac. Claro está.

Sim. Pues, señor, son menester dos fuentes de estofado, dos de mechado, otras dos de frito...

Onof. ¿Qué diablos vas ensartando ahí? con eso se

puede dar de cenar á una ciudad entera.

Sim. Uno, ó dos asados...

Onof. Cierra esa boca descomunal: tú me engulle todo quanto tengo.

Sim. Ensaladas, postres...

Onof. ¿Todavía?

Jac. Vaya que eso es querer sofocarnos: ¿pue acaso el amo convida á las gentes para asesinar-las á fuerza de tragar? Leed un poco los pre-ceptos del conservador de la salud, y pregun-tad á los médicos ¿si hay cosa mas perjudicia para el hombre, que el comer con exceso?

Onof. Tiene razon.

Jac. Sepa vm. señor Simon, y sepan todos los d su oficio, que una mesa llena de demasiadas vian das es un asesino de vidas: que para mostrars amigo de los convidados es necesario que la fru galidad reyne en la comida que se les dé, y qu segun aquel axîoma antiguo, *es menester come para vivir, y no vivir para comer.*

Onof. Eso sí que está perfectamente dicho: acér cate, que quiero darte un abrazo por esa sol palabra. Vea vm. la mas bella sentencia que h oído en toda mi vida. *Es menester vivir par. comer, y no comer para...* no, no es esto: á ver

¿á ver cómo dixiste?

Jac. Que es menester comer para vivir, y no vivir para comer.

A Simon.

Onof. Eso, eso: ¿lo entiendes?

A Jacinto.

¿Quién fué el hombre grande que dixo eso?

Jac. No me acuerdo ahora de su nombre.

Onof. Pues ten cuidado de escribírmelo en un papel, porque quiero hacerlo grabar con letras de oro sobre la chimenea de mi sala.

Jac. Está bien; y por lo que hace á la cena, no teneis mas que dexarlo á mi cuenta: yo lo compondré como se debe.

Onof. Muy bien.

Sim. Tanto mejor: con eso tendré ménos trabajo.

A Jacinto.

Onof. Es necesario poner cosas de que se come poco, y que satisfacen tal como un potage graso...

Jac. Pierda vmd. cuidado.

Onof. Ahora, señor Simon, es menester limpiar el coche.

Sim. Espere vm. que eso habla con el cochero.

Se pone la librea.

¿Qué me mandaba vm.?

Onof. Que es menester limpiar el coche, y tener prontos los caballos para llevar á paséo..

Sim. ¿Sus caballos de vm.? Me parece que no se hallan en estado de echar á andar, porque vm. les hace observar unos ayunos tan rigorosos, que los han convertido en fantasmas.

Onof. Vea vm. y no trabajan nada.

Sim. Y porque no trabajen nada, ¿no han de comer tampoco nada? mas les valdria á los pobres animales trabajar mucho, y comer igualmente mucho. A mí me causan tanta lástima, que algunos dias me quito la comida de la boca por dársela á ellos, pues es menester un corazon muy duro para no compadecerse de su próximo.

Onof. El ir hasta el paséo no es un trabajo tan grande.

Sim. Yo no tengo valor para llevarlos, y en el estado en que se hallan, se me haria cargo de conciencia el darles un latigazo. ¿Cómo quiere vm. que puedan con el coche, quando no pueden consigo mismos?

Jac. Yo le pediré al cochero del vecino, que vaya con ellos: así como así éste nos hará falta para la cena.

Sim. Me alegro, porque mas quiero que mueran baxo de otra mano, que no baxo de la mia.

Jac. Señor Simon, vamos con juicio.

Sim. Señor mayordomo, vamos con tiento.

Onof. Vaya, vaya, tengamos paz.

Sim. Yo no puedo sufrir los aduladores: veo que sus regaños sobre el pan, sobre el vino, sobre el carbon, sobre la sal y sobre el aceyte no son sino para congraciarse con vm. y hacerle la corte: yo me desespero, y me enfada oir lo que se dice de vm. todos los dias; porque en fin despues de mis caballos, es vm. la persona que mas estimo.

Onof. ¿Y podré yo saber qué es lo que se dice por ahí de mí?

Sim. Si señor, si yo supiese que vm. no se habia de enfadar.

Onof. Yo no, de ningun modo.

Sim. ¿No? Caramba, yo sé muy bien que vm. se ha de poner hecho un...

Onof. Dale: si digo que no: al contrario, tendré mucho gusto en saber cómo se habla de mí.

Sim. ¿De veras?

Onof. De veras.

Sim. Pues ya que vm. lo quiere, le diré franca-

mente, que toda la gente hace burla de vm. diciéndonos á nosotros mil bufonadas sobre sus extravagancias y su miseria. El uno dice que hace vm. imprimir almanakes particulares, doblando las quatro temporas y las vigilias del año, para aprovecharse de los ayunos que hace observar á toda la gente de su casa. El otro, que en los dias de cumpleaños, ó quando se le marchan los criados, busca vm. siempre algun motivo de regañarlos para no darles nada, ni pagarles el salario. Aquel cuenta, que una vez hizo vm. abrir á un gato de un vecino para sacarle de la tripa un pedazo de bofes que le habia comido. Este, que sorprehendiéron á vm. una noche, viniendo de robar la cebada de vuestros caballos; y que el cochero, mi antecesor, haciendo que no os conocia con la obscuridad, os hartó de palos, sin que vm. de vergüenza se atreviera á chistar la menor palabra. En fin, no se puede ir á parte alguna donde no se oiga alguna aventura semejante. Vm. es la fábula y la mofa de todo el mundo, no designándole sino con los nombres de avaro, de horrible, de usurero...

Onof. Y tú eres un picaron, desollado, é insolente.

Dándole de palos con el baston.

Sim. ¿No lo habia yo dicho? Vm. no me quiso creer: ya adivinaba yo que se enfadaria de oir la verdad.

Onof. Aprenda vm. á hablar mejor para otra vez seo desvergonzado.

SCENA III.

Jacinto y Simon.

Jac. Compadre Simon, lo siento; pero ya veo que se premian muy mal vuestras noticias.

Riyéndose.

Sim. ¿Y á vm. señor recienvenido qué le va, ni qué le viene en ello? Vm. ríase enhorabuena de sus palos quando se los den, pero no venga á reirse de los mios.

Jac. Perdone vm. señor Simon; no hay que enfadarse.

Aparte.

Sim. Calla. El tiene miedo: voy á hacer de valiente, y como me tema, le casco las liendres.

Alto.

¿Sabe vm. señor bufon, que yo no me rio? ¿y que si se me sube el humo á la chimenea le haré reir de otro modo?

Hace retroceder á Jacinto hasta el fin del teatro amenazándole.

Jac. Poco á poco.

Sim. ¿Cómo poco á poco? no me da la gana.

Jac. Hacedme el favor...

Sim. Qué favor, ni qué calabaza. Vm. es un fastidioso.

Jac. Vaya señor Simon.

Sim. No hay señor Simon que valga. Como coja un palo le moleré las costillas.

Jac. ¿Cómo es eso de coger un palo?

Se pone sério, y hace retroceder mutuamente á Simon.

Sim. ¡O! no hablaba yo de eso.

Jac. ¿Sabe vm. señor necio, que soy muy bastante para escarmentarle?

Sim. No lo dudo, no.

Jac. ¿Y que vm. es un pobre diablo cocinero?

Sim. Sí señor, lo sé.

Jac. ¿Y que no me conoce todavía?

Sim. Perdóneme vm.

Jac. ¡Con que vm. me dará de palos?

Sim. ¡Qué! yo lo decia en chanza.

Dale de palos, ó golpes.

Jac. Yo no gusto de chanzas, con que así apren-

ded á no usarlas conmigo.

Solo.

Sim. Pues he quedado lucido con mis intentonas. Que el amo me pegase, vaya: ¿pero pegarme este mayordomo?... por vida... mas yo me vengaré como pueda.

SCENA IV.

Mariana, Lucía y Simon.

Luc. ¿Sabe vm. señor Simon si está en casa vuestro amo?

Sim. Si señora, en casa está, lo sé, y muy bien.

Luc. Pues haznos el favor de decirle, que estamos aquí.

SCENA V.

Mariana y Lucía.

Mar. ¡Ah Lucía! ¡qué situacion tan infeliz es la mia! y quánto siento esta visita, si he de decirte la verdad.

Luc. Pero, ¿y por qué? ¿quál es vuestra inquietud?

Mar. ¡Quál es me preguntas! ¿no puedes conocer el tormento de una persona, pronta á ver el su-

plicio en donde se la quiere sacrificar.

Luc. Yo bien conozco que para morir con gusto no es Don Onofre el suplicio que vos querriais admitir, y veo tambien en vuestro semblante, que el Adonis de que me habeis hablado se os viene á la memoria.

Mar. Es muy cierto, Lucía, y no me pesa: las visitas que nos ha hecho y sus modales, han logrado que yo le dé algun lugar en mi corazon.

Luc. ¿Pero vm. no ha sabido quién es ese cupidito?

Mar. No, Lucía: solo sé que es muy digno de que se le ame; que si mi eleccion fuese libre, en ninguno otro recaeria sino en él, y que la inclinacion que le tengo me hace mas repugnante el marido que se me quiere dar.

Luc. ¡O! todos estos mozalvetes son á la verdad muy agradables, y saben tambien desempeñar perfectamente su negocio; pero la mayor parte anda siempre á horza con su bolsillo; y así para vm. es mejor un marido viejo que la dé mucho dinero. Yo confieso que los sentidos no hallan favorable la cuenta, y que con un marido viejo hay que sufrir algunos disgustillos; pero no es duradero, y al fin su muerte la pondrá á vm. en

estado de buscar luego otro mas jóven que lo restaure todo.

Mar. ¡Ah Lucía! ¡y qué mala cosa es tener que desear la muerte de una persona para ser feliz! además de que ésta no siempre sigue todos nuestros proyectos.

Luc. ¿Vm. se burla? ¿Pues acaso se casaría con él á no poner la condicion de dexarla bien pronto viuda? como que debe ser uno de los artículos del contrato; pero qué, si lo mas que puede vivir son tres meses. Mas cátele vm. que sale toditico él en persona.

Mar. ¡Ah Lucía de mi alma, y qué figura!

SCENA VI.

Don Onofre, Mariana y Lucía.

Onof. No os ofendais, bella Mariana, de que salga á veros con anteojos. Sé que vuestras gracias son muy visibles por sí mismas, sin necesidad de ellos para observarlas; pero en fin, con anteojos es con lo que se observan los astros, y yo aseguro que vos sois un astro; pero un astro el mas bello que puede haber en el pais de los astros. Lucía no responde nada, ni muestra, se-

gun me parece, gozo alguno en mirarme.

Luc. Es que se halla sobrecogida, y además de esto, las jóvenes siempre tienen vergüenza de demostrar al instante lo que sienten en su corazon.

Onof. Dices bien. Monita mia, aquí sale mi hija á recibirte.

SCENA VII.

Don Onofre, Mariana, Luisa y Lucía.

Mar. Perdonad, señora: cumplo muy tarde con esta visita.

Luis. Vm. ha hecho lo que á mí me correspondia, que era adelantarme á hacérosla.

Onof. Ya vé vm. qué grande es; pero la mala yerba siempre crece mucho.

A Lucía.

Mar. ¡Qué hombre tan horroroso!

Onof. Qué, ¿qué dice la palomita mia?

Luc. Que le parece vmd. muy lindo.

Onof. Ese es favor que me quereis hacer, hermosa pichoncita.

Aparte.

Mar. ¡Qué animal!

Onof. Os doy muchas gracias. Aquí sale tambien mi hijo, que viene á tributaros sus respectos.

SCENA VIII.

Los mismos, Joaquin, Jacinto y un Lacayo.

Mar. ¡Ah Lucía de mi corazon, y qué encuentro!

A Lucía.

Este es justamente de quien te he hablado.

Luc. La aventura es particular.

Onof. Ya veo que os suspendeis al mirar que tengo unos hijos tan grandes; pero no os dé cuidado, que bien pronto me desharé de ellos.

Joaq. Señora, si he de deciros la verdad, esta es una aventura que yo de ningun modo esperaba, y la sorpresa mia no ha sido pequeña quando mi padre me ha hecho saber, pocos minutos hace, el designio que habia formado de casarse con vos.

Marian. Yo puedo decir lo propio. Es un encuentro tan imprevisto, que me ha sorprehendido hasta lo sumo.

Joaq. Es cierto, señora, que mi padre no puede hacer una eleccion mas hermosa que la que ha hecho, y que me proporciona una gran dicha

con el honor de veros; mas con todo eso no os aseguraré me cause alegría el designio que podais tener de haceros mi madrastra, título que si he de decir verdad, no os le deseo. Este discurso parecerá desatento á algunos de los que me escuchan; pero yo creo que vos entenderéis su verdadero significado, reflexîònando quanto este matrimonio debe causarme sentimiento, al ver hasta qué extremo choca con mis verdaderos intereses: y así me permitiréis os diga, con permiso de mi padre, que si las cosas dependiesen de mi arbitrio, no se verificaría jamas este himenéo.

Onof. Vea vm. ahí un cumplimiento bien necio: una declaracion bien á propósito.

Mar. Y yo os responderé que estamos iguales en esa parte, y que si vos teneis repugnancia en que yo llegue á ser vuestra madrastra, no la tendré yo ménos sin duda en que vos seais mi hijastro. No creais sea yo quien procura daros esta incomodidad, pues sentiría mucho causaros el menor disgusto; y en fin, si se me quiere precisar á ello, os doy mi palabra de no consentir en el matrimonio que tanto os da temor.

Onof. Tiene razon: á un cumplimiento necio no

se debe dar sino una respuesta necia. Yo os pido perdon de la impertinencia de mi hijo: es un jóven que no sabe las conseqüencias de lo que dice.

Mar. Os aseguro que léjos de ofenderme, me ha dado mas gusto explicándome sus verdaderos sentimientos; porque deseaba de él una confesion semejante; y si hubiera hablado de otra suerte, le estimaría seguramente ménos.

Onof. Es demasiada bondad vuestra querer disimular sus faltas: el tiempo le hará mas prudente, y vos veréis como muda de pensar.

Joaq. No, padre mio, no soy capaz de mudar de sentimientos; y así le pido á esta señora lo crea.

Onof. Pero vea vm. qué extravagancia.

Joaq. ¿Y quiere vm. que yo haga injusticia á mi corazon?

Onof. Quiero que vm. mude de lenguage.

Joaq. Pues bien, si vm. lo quiere, hablaré de otro modo. Permitid, señora, que poniéndome en el lugar de mi padre, os confiese no haber visto jamas un objeto tan encantador como el vuestro, ni concebido nada capaz de iguarlarse á la felicidad de poseeros, y que el título de vuestro esposo es una dicha, una gloria que yo preferiría

á los destinos de los mayores Príncipes de la tierra. Si, señora: la dicha de poseeros es en mi concepto la mas grande de todas las dichas, y á la qual limito toda mi ambicion, no pudiendo haber nada que no sea yo capaz de hacer para una conquista tan preciosa, pues los obstáculos mas...

Onof. Bueno, bueno, hijo mio: ya basta si te parece.

Joaq. Este es un cumplimiento que hago á la señora en nombre de vm.

Onof. ¡Y qué! ¿no tengo yo lengua para explicarme sin necesidad de un intérprete como tú? Vamos, que arrimen sillas.

Luc. Mejor es ir á paséo ahora, y volver pronto para tener lugar de divertirse luego.

Onof. Que traigan, pues, el coche.

Al lacayo.

SCENA IX.

Los mismos, ménos el lacayo.

Onof. Disimulad, bella Mariana, el no haberme acordado de disponer alguna friolera para ántes de ir á paséo.

Joaq. Ya lo he prevenido yo, padre mio, mandando traer de vuestra parte unas bandejas de todo género de dulces de confitería.

Onof. Jacinto.

Jac. ¿Qué quiere vm.? ha perdido la chaveta.

Joaq. ¡Qué! ¿no le parece á vm. bastante? ¡Cómo ha de ser! La señora tendrá la bondad de disimular la cortedad del agasajo.

Mar. Eso es gastar conmigo mucho cumplimiento.

Joaq. Pero, señora, ¿habeis visto jamas un diamante mas hermoso que el que mi padre tiene en el dedo?

Mar. En efecto brilla muchísimo.

Joaq. Es menester que le veais de cerca.

Quitásele del dedo á su padre, y se le da á Mariana.

Mar. Sin duda que es precioso, y arroja multitud de rayos.

Quiere volverle.

Joaq. ¡O! No señora: él se halla en manos muy hermosas, y es una expresion que os hace mi padre.

Onof. ¿Yo? *Baxo á su hijo.*

Joaq. ¡Excusada pretension! me dice que os le haga admitir.

Mar. Perdóneme que...

Joaq. ¿Os burlais, señora? Mi padre no le volverá á tomar.

Onof. Me desespero. *Aparte.*

Mar. Eso sería...

Joaq. No: no señora, no permitiré hagais á mi padre un desayre semejante.

Onof. ¡Ah bribon!

Joaq. Ved cómo le está incomodando vuestra resistencia. Padre mio, yo no tengo la culpa: se obstina en no admitirle.

Onof. ¿Habrá canalla igual?

Joaq. ¿En fin dais lugar, señora, á que mi padre me regañe?

Luc. ¡O, y qué cumplimientos! Señora, guardad la sortija, pues que el señor Don Onofre os lo pide.

Mar. Vaya: la admitiré por no disgustáros; pero buscaré ocasion de devolvérosla.

SCENA X.

Los mismos y un lacayo.

Lac. Señor, ahí está un hombre que quiere hablaros.

Onof. Dile que estoy ocupado, que vuelva otro dia.

Lac. Me ha dicho que trae dinero.

Onof. Perdonadme, vuelvo al instante.

SCENA XI.

Los mismos y un lacayo.

Lac. Señor...

Tropieza con Don Onofre, y le hace caer.

Onof. ¡Ay que me ha muerto!

Joaq. ¿Qué es eso, padre mio? ¿Se ha hecho vm. daño?

Onof. El infame sin duda ha recibido dinero de mis deudores para desnucarme.

Lac. Perdone vm. señor, yo corria por servir á vm. mas prontamente.

Onof. ¿Y qué venias á decir tan corriendo, bergante?

Lac. A avisar á vm. que los caballos estan desherrados.

Onof. Anda: dí que los lleven al instante á casa del herrador.

Joaq. Con eso entretanto acompañaré á esta se-

ñora en vuestro nombre, padre mio, hácia el jardin, á donde haré llevar el agasajo de dulces.

SCENA XII.

Don Onofre y Jacinto.

Onof. Jacinto, por Dios, que tengas el ojo alerta para recoger lo que se pueda, y volverlo luego á la confitería, porque de ese modo...

Jac. Bien está, bien está, pierda vm. cuidado.

Onof. ¡O, hijo majadero! tú tienes gana de arruinarme.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Joaquin, Mariana, Luisa y Lucía.

Joaq. Entremos acá, que está mucho mejor; y pues no hay persona que nos oiga, nosotros podemos hablar con toda libertad.

Luis. Si señora, mi hermano me ha dado parte de la pasion que alimenta hácia vos, y como no

ignoro los temores y los disgustos que son capáces de causar semejantes obstáculos, os aseguro que tomo una parte no pequeña en el logro de vuestros deseos.

Mar. El ver una persona como vos interesada en nuestra felicidad, es sin duda alguna un consuelo de los mas apreciables; y así os suplico, señora, os digneis conservarme esa generosa amistad, tan propia para hacerme mas llevaderas las crueldades de la fortuna.

Luc. Si vms. me hubieran advertido con tiempo de sus amoríos, se habrian evitado esas inquietudes, no llevando yo este negocio al extremo en que se halla.

Joaq. ¿Y qué quieres? Mi mala suerte lo ha hecho. ¿Pero, hermosa Mariana, decidme quál es vuestra resolucion?

Mar. ¡O Dios! ¿Acaso me hallo en estado de hacer resoluciones? ¿En la dependencia en que me veo puedo formar otra mas que deseos?

Joaq. ¿Y qué no encontraré yo en vuestro corazon sino simples deseos? ¿Nada de piedad afectuosa, nada de bondad consoladora, y nada en fin de cariño?

Mar. ¿Qué se yo qué deciros? Poneos en mi lu-

gar, y ved lo que puedo hacer. Discurrid, ordenad vos mismo lo que gusteis, pues yo me entrego enteramente á vos, creyéndoos demasiado juicioso para querer exîgir de mí mas de lo que puede serme permitido por el honor y la decencia.

Joaq. ¡O Dios mio! á qué extremo me reducís, sujetándome á lo que quieran permitir los tristes sentimientos de un riguroso honor, y de una escrupulosa decencia.

Mar. ¿Pero qué quereis que yo haga? Aun quando me resolviese á atropellar por el cúmulo de respetos á que nuestro sexô se halla sometido, no puedo de modo alguno olvidar las obligaciones de hija para con mi madre. Me ha criado, y tratado siempre con una ternura y un amor, que no me resolvería á pagar con el menor disgusto. Dirigios, pues, á ella: emplead todos vuestros esfuerzos en ganar su corazon, haciendo y diciendo quanto querais, pues para todo os doy licencia, y si dependiere de declararme en vuestro favor, consiento en hacerla yo misma una declaracion ingeniosa de todo lo que siento hácia vos.

Joaq. Mira, Lucía, ¿querrás ayudarnos en esta ocasion?

Luc. Con toditico el gusto. Vms. saben que naturalmente soy bastante humana. El cielo no me ha hecho el corazon de bronce, y así tengo mucha alegría en servir á las personas que se quieren quando es como debe ser, y como Dios manda. Ahora bien, ¿qué podrémos hacer en este asunto?

Joaq. Discurre un poco.

Mar. Danos luces.

Luis. Busca algun arbitrio con que deshacer lo que tú misma has hecho.

Luc. Eso es bastante dificultoso. Por lo que hace á vuestra madre es muger de razon, y se la podria ganar, y aun hacerla se resolviese á traspasar al hijo el don que quiere hacer al padre; pero la dificultad que encuentro, es que vuestro padre... es vuestro padre.

Joaq. Se entiende.

Luc. Quiero decir, que conservará algun resentimiento si advierte que se le reusa; y no querrá despues dar su licencia para vuestro matrimonio: por lo qual para hacer la cosa como corresponde, era menester que esto viniese de su parte, procurando por algun medio disgustarle contra vuestra persona.

Joaq. Tienes razon.

Luc. Ya lo sé yo: pero el diantre está en encontrar los medios de conseguirlo. Espérense vms. Si tuviéramos una muger de mediana edad, y de la travesura que yo, que con un tren pasagero, y un extravagante nombre de Marquesa ó Vizcondesa, que supondríamos de hácia Sevilla ó Granada, supiese representar el carácter de una señora de circunstancias, yo me atrevería á hacer creer á vuestro padre que era una persona muy rica, y se hallaba tan enamorado de él, que si consentia en casarse con ella, le dexaria por heredero de todos sus caudales, pues yo no dudo que en este caso diese oídos á la proposicion, porque en fin aunque os ama á vos con mucho extremo, yo sé que ama con mucho mayor al dinero; y quando deslumbrado con el cebo del tesoro de la Marquesa hubiese consentido una vez en lo que deseamos, importaría poco que despues se desengañase, y le llevase la trampa.

Joaq. Todo eso está muy bien pensado; pero...

Luc. Déxenme vms. á mí. Ahora me acuerdo de una de mis amigas, que es á propósito para el caso.

Joaq. ¡Ah, Lucía! si consigues tu designio, yo te aseguro una buena recompensa. Pero, amable Mariana, empecémos por ganar á vuestra madre, para deshacer por ahora este matrimonio. Yo os suplico hagais de vuestra parte todos los esfuerzos que os sean posibles. Desplegad sin reserva las gracias eloqüentes, los atractivos poderosos que el cielo ha puesto en vuestros ojos y en vuestra boca, y no olvideis nada de estas tiernas palabras, y de estas amorosas súplicas, á las quales yo creo no haya cosa alguna capaz de resistirse.

Mar. Yo os ofrezco hacer para ello quanto esté de mi parte.

SCENA II.

Los mismos y Don Onofre.

Onof. ¡Ola! *Saliendo.*
Mi hijo besa la mano de su futura madrastra, y su futura madrastra como que no lo reusa. ¿Si habrá en esto algun misterio?

Luis. Que viene mi padre.

Onof. El coche está pronto, con que podeis ir al paséo quando gusteis.

Joaq. Una vez que no va vm., padre mio, iré yo á acompañarlas.

Onof. No, quédate: ellas irán solas: te necesito yo aquí.

SCENA III.

Don Onofre y Joaquin.

Onof. Ahora bien, Joaquinito, dexando aparte los respetos de madrastra, ¿qué te parece de esta Mariana?

Joaq. ¿Que qué me parece?

Onof. ¿Sí: ¿qué te parece de su ayre, de su hermosura, de su juicio?

Joaq. ¡He! así, así.

Onof. ¿Pero qué quiere decir ese así, así?

Joaq. Si he de decir á vm. lo que siento, no me ha parecido aquí tanto como yo habia imaginado. Su ayre es de algo calaverilla, su hermosura nada sobresaliente, y su talento muy regular. No crea vm., padre mio, que yo diga esto por disgustarle, pues al fin madrastra por madrastra, á mí lo mismo me da ésta que qualquiera otra.

Onof. Sin embargo, tú le decias ahora poco...

Joaq. Si señor, le decia en nombre de vm. algu-

nas ternezas; pero solo era con el fin de daros gusto.

Onof. ¿Luego no tienes nada, nada de inclinacion hácia ella?

Joaq. ¿Yo? no señor, nada ménos que eso.

Onof. Bien sabe Dios que lo siento, porque me destruyes una idea que me habia ocurrido. Yo mirando á esa muchacha, ahora poco, empecé á reflexîonar sobre mi mucha edad, y sobre lo que dirán las gentes viendo que me vuelvo á casar con una muger tan jóven, y esta consideracion me habia hecho resolver á abandonar el intento, libertándome de la palabra que la he dado con substituirte á tí en mi lugar dándotela.

Joaq. ¿A quién, á mí?

Onof. Sí, á tí.

Joaq. ¿En matrimonio?

Onof. Pues.

Joaq. Mire vm.: es verdad que no me agrada mucho; pero sin embargo, por complaceros me resolveré á casar con ella si queréis.

Onof. ¿Quién yo? no, no soy tan imprudente como piensas: no quiero violentar tu albedrío.

Joaq. Yo haré este esfuerzo por agradar á vm.

Onof. No, no: un matrimonio hecho sin gusto no puede ser feliz.

Joaq. Eso es cosa que puede lograrse despues, padre mio; y así se dice, que el amor es por lo regular fruto del matrimonio.

Onof. No, Joaquin, no. Por lo que respecta al hombre no se debe exponer á esa esperanza, pues suele acarrear malas conseqüencias. Si hubieras sentido alguna inclinacion, aunque ligera, hácia la muchacha, enhorabuena: yo te la habria cedido al instante; pero faltándote enteramente ésta, tendré que cumplirla la palabra que la he dado. ¡Cómo ha de ser! me casaré con ella.

Joaq. Y bien, padre mio, pues que las cosas han llegado á este extremo, es menester descubrir á vm. mi corazon, y revelarle todo el secreto. La verdad es, que yo la amo desde un dia que la ví en el paséo, y que tenia intencion de pedírosla para mi muger; pero habiendo sabido los sentimientos de vm. hácia ella, me ha contenido el temor de disgustaros.

Onof. ¿Y la has hecho alguna visita?

Joaq. Si señor.

Onof. ¿Muchas veces?

Joaq. Bastantes.

Onof. ¿Y te ha recibido con agrado?

Joaq. Si señor; pero sin saber quién era yo, y esto dió motivo á la sorpresa de Mariana, quando me vió aquí ahora poco.

Onof. ¿Y le has declarado tu pasion, y el designio que tenias de casarte con ella?

Joaq. Mucho, y aun habia hecho tambien á su madre algunas proposiciones indirectas.

Onof. ¿Y qué tal, las ha escuchado?

Joaq. Bastante cortesmente.

Onof. ¿Y la hija corresponde á tu amor?

Joaq. Si he de creer las apariencias, me persuado, padre mio, que la debo algun poco de cariño.

Onof. ¿Sí, he? No es malo haber descubierto este secrecto: vea vm. justamente lo que yo solicitaba. *Aparte.*

Ea pues, hijo mio: ¿sabe vm. lo que hay? Que es necesario que vm. piense en dar al olvido su amor, que cese en sus amantes solicitudes hácia una muger que yo destino para mí, y que se disponga á casar con la que ya le tengo preparada.

Joaq. ¿Con qué vm., padre mio, se burla de ese modo de mí? Muy bien. Pues sepa vm., ya que

me da lugar á ello, que no abandonaré la pasion que tengo por Mariana, que no habrá cosa que no haga por disputar á vm. su conquista, y que si vm. tiene el consentimiento de su madre yo tendré quizá otros auxîlios que combatirán á mi favor.

Onof. ¿Cómo, pícaro, tú tienes atrevimiento de irme á los alcances?

Joaq. Vm. es quien va á los mios, y yo habia llegado ántes que vm.

Onof. ¿Y qué no soy tu padre, y me debes tener respeto?

Joaq. Si señor; pero hay ciertas cosas en que los hijos no deben ceder á los padres, y el amor no distingue de personas.

Onof. Yo haré que me distingas con un palo.

Joaq. Todas sus amenazas de vm., no servirán de nada.

Onof. Tú renunciarás á Mariana.

Joaq. No lo crea vm.

Onof. ¡Habrá insolencia!...

SCENA IV.

Don Onofre, Joaquin y Simon.

Sim. He, he: señores, ¿qué es esto? ¿En qué piensan vms.?

Joaq. No hay insolencia que valga.

A Joaquin.

Sim. ¡Ah! señor, poco á poco.

Onof. ¿Hablarme con ese atrevimiento?

A Don Onofre.

Sim. Señor, por amor de Dios.

Joaq. Sobre que no ha de ser.

A Joaquin.

Sim. ¡Cómo qué! ¿á vuestro padre?

Onof. Déxame, déxame...

Sim. ¡Cómo qué! ¿á vuestro hijo? Aun á mí, vaya en gracia.

Onof. Mira, para que veas si tengo razon, quiero hacerte juez de este negocio.

Sim. Yo convengo en ello. Apártese vm. un poco, señorito.

Onof. Yo quiero á una niña para casarme con ella, y el bribon tiene la insolencia de quererla tambien, y solicitarla para sí contra todos mis preceptos.

Sim. ¡O! él hace muy mal.

Onof. ¿No es una cosa terrible que un hijo quiera competir con su padre, quando por respeto debia abstenerse de llegar á mis inclinaciones?

Sim. Es muy claro. Dexe vm. que yo le hable, y espere aquí entretanto.

Joaq. ¡He bien! Pues que mi padre te ha elegido por nuestro juez, sélo enhorabuena: á mí me es indiferente, y convengo en que resuelvas nuestra competencia.

Sim. Vm. me hace muchísimo honor.

Joaq. Ahora bien: yo me hallo enamorado de una jóven que corresponde á mis deseos, y admite tiernamente los obsequios de mi corazon, y á mi padre le entra la manía de venir á turbar nuestro amor, solicitándola ahora para sí.

Sim. ¡O! hace muy mal seguramente.

Joaq. ¿No se avergüenza de pensar en casarse con una edad como la que tiene? ¿te parece que le sienta bien ahora andar en amoríos? ¿y no deberia dexar esta ocupacion para los jóvenes?

Sim. Vm. tiene razon: vaya, eso será que tendrá ganas de chulearse. Dexe vm. que yo le hable dos palabras.

A Don Onofre.

Pues, señor, vuestro hijo no es tan temerario como decís, pues ya se viene á la razon. Dice que sabe el respeto que os debe, y que su genio solo le ha arrebatado en el primer ímpetu: que está pronto á hacer quanto vm. quiera, con tal que en adelante le trateis mejor que hasta aquí, buscándole tambien algun otro matrimonio que le acomode.

Onof. Eso es otra cosa: dile que baxo de ese supuesto podrá esperar de mí todo lo que quiera, y que exceptuando á Mariana, le dexo en libertad de elegir la muger que mas le guste.

A Don Joaquin.

Sim. Muy bien. Vuestro padre, señorito, no es tan ridículo como vm. le hace: me ha dicho que solo vuestro genio altivo le ha hecho encolerizar, y que todo depende del modo con que os porteis: que estará dispuesto á concederos lo que deseais, con tal que lo soliciteis por medio del rendimiento, tributándole los respetos y la sumision que debe haber en un buen hijo para con su padre.

Joaq. ¡Ah querido Simon! tú puedes asegurarle, que si me concede á Mariana, me hallará siem-

pre el más rendido de todos los hombres, y que jamas haré cosa que pueda originarle el menor disgusto.

Sim. Esto es hecho: vuestro hijo consiente en lo que vm. dice.

Onof. Muy bien: eso me gusta.

Sim. Todo está rematado: vuestro padre se halla muy contento de vuestras ofertas.

Joaq. Gracias á Dios.

Sim. Vaya, señores, ya pueden vms. hablar juntos, pues se hallan avenidos.

Joaq. Mi querido Simon, ¡quánto tengo que agradecerte!

Sim. ¡Ah! nada, señor.

Onof. Me has dado mucho gusto, Simoncito, y esto merece algun regalejo.

Don Onofre mete la mano en el bolsillo, y Simon alarga la suya; pero Don Onofre no saca sino el pañuelo para sonarse.

Onof. Dexa, dexa, que yo me acordaré de tí.

Sim. Beso á vm. la mano.

SCENA V.

Don Onofre y Joaquin.

Joaq. Padre mio, perdone vm. la falta de respeto con que he procedido.

Onof. Vamos: eso no es nada.

Joaq. Aseguro á vm. que lo siento en el alma.

Onof. Y yo tengo el mayor gusto del mundo en ver que procedes con juicio.

Joaq. ¡Qué bondad la vuestra en olvidar tan pronto una falta como la mia!

Onof. Las faltas de los hijos se olvidan fácilmente quando ellos se someten á lo justo.

Joaq. ¿Y que no conserva vm. ningun enfado por mis locuras?

Onof. No, porque todas las borra ya la sumision, y el respeto con que te veo.

Joaq. Yo le prometo á vm. que conservaré en mi corazon hasta la muerte la memoria de vuestras bondades.

Onof. Y yo te prometo que no habrá cosa alguna que no alcances de mí.

Joaq. ¡Ah padre mio! nada tengo ya que pedi-

ros, pues me dais quanto puedo apetecer con darme á Mariana.

Onof. ¿Cómo?

Joaq. Digo, señor, que estoy loco de contento, y que todo lo hallo en la bondad que teneis de concederme á Mariana.

Onof. ¿Quién habla aquí de concederte á Mariana?

Joaq. Vm., padre.

Onof. ¿Yo?

Joaq. Si señor.

Onof. ¿Cómo yo? ¿Pues no eres tú quien ha prometido renunciar á ella?

Joaq. ¿Yo renunciar á ella?

Onof. Sí.

Joaq. Nada ménos que eso.

Onof. ¿Pues no te has separado de esta pretension?

Joaq. Al contrario, yo me hallo mas que nunca resuelto á continuarla.

Onof. Qué vergante: ¿ahora vuelves?...

Joaq. No habrá cosa capaz de hacerme mudar de intencion.

Onof. Infame, yo sabré lo que he de hacer.

Joaq. Haga vm. todo lo que quiera.

Onof. Te prohibo el que me veas jamas.

Joaq. Enhorabuena.

Onof. Te abandono.

Joaq. Abandonadme.

Onof. Te renuncio por mi hijo.

Joaq. Muy bien.

Onof. Te desheredo.

Joaq. Lo que vm. quiera.

SCENA VI.

Joaquin y Martin.

Mart. ¡Ah señor! ¡y quánto me alegro de encontraros! Seguidme, seguidme aprisa.

Joaq. ¿Pues qué hay?

Mart. Seguidme, digo, que la cosa va bien.

Joaq. ¿Cómo?

Mart. Vea vm. aquí su dicha.

Joaq. ¿Qué?

Mart. Todo el dia lo he estado acechando.

Joaq. ¿Pero qué es eso?

Mart. El tesoro de vuestro padre que acabo de atrapar.

Joaq. ¿Y cómo lo has hecho?

Mart. Ya lo sabrá vm. todo: vamos, vamos, que me parece oigo dar gritos.

SCENA VII.

Don Onofre solo, que sale gritando.

Onof. Al ladron, al ladron, al asesino, al matador. ¡Justicia, cielos! Estoy perdido, estoy asesinado: se me ha robado mi dinero: ¿quién puede ser? ¿A dónde habrá ido? ¿Dónde se halla? ¿Dónde se oculta? ¿Qué haré para encontrarle? ¿A dónde correré? ¿Dónde no correré? ¿Si estará aquí? ¿Si estará allá? ¿Quién es? Detente...

Se agarra á sí mismo.

Vuélveme mi dinero, picaron... ¡Pero ah! si soy yo mismo. Mi espíritu se halla todo turbado, y yo ignoro dónde me hallo, quién soy, y lo que hago. ¡Ay de mí! ¡pobre dinero mio! ó amigo de mi alma: se me ha privado de tí; y pues te me han quitado, yo he perdido mi sustento, mi consuelo y mi alegría: todo se acabó ya para mí, y ya no tengo que hacer nada en este mundo, pues sin tí no me es posible vivir. Esto es hecho; yo no puedo mas: yo me muero: ya estoy muerto, ya estoy enterrado. ¿No hay alguno que quiera resucitarme volviéndome mi amado dinero, ó diciendo dónde se halla?... ¡Có-

mo! ¡qué!... ¡ah! si no es nadie. Es menester que el picaron que ha dado el asalto, haya acechado bien la hora... y justamente ha sido quando yo estaba con el canalla de mi hijo. Vamos, vamos á buscar la justicia, y á hacer dar tormento á toda mi casa, á criadas, á criados, á mi hijo, á mi hija y á mí mismo... ¡Jesus quánta gente junta!... Cada uno de ellos me parece es el que me ha robado... ¡Cómo!... ¿de quién se habla allí? del ladron... Parece que suena ruido... ¿Si será él? Por amor de Dios, si alguno tiene noticias del ladronazo, yo les pido me lo digan. ¿Se halla tal vez oculto entre vms?... Todos me miran, y se echan á reir... Sin duda tienen parte en el robo. Aprisa, aprisa, á buscar escribanos, alguaciles, porteros, carceleros, horcas, verdugos para prender y ahorcar á todo el mundo: y como yo no encuentre mi dinero, yo mismo me he de ahorcar.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Don Onofre y un Escribano.

Escrib. Déxeme vm., señor. Yo sé mi obligacion, á Dios gracias. No crea vm. empiezo hoy á trabajar en la averiguacion de robos, pues yo me contentaría con tener cien doblones por cada ladron que he conseguido hacer ahorcar.

Onof. Todos los magistrados tienen interés en tomar con el mayor empeño este negocio, y sino se me hace encontrar mi dinero, yo pediré justicia de la misma justicia.

Escrib. Es necesario practicar todas las diligencias posibles. Vm. dice que habia en la caxa...

Onof. Dos mil doblones bien contados.

Escrib. ¿Dos mil doblones?

Onof. Si señor, dos mil doblones.

Escrib. El robo es considerable.

Onof. Como que no hay suplicio bastante grande para la enormidad del crímen; y si quedase impune, no estarian en adelante seguras aun las cosas mas sagradas.

Escrib. ¿Y en qué especies de monedas se hallaba esa cantidad?

Onof. En onzas y medias onzas bien relucientes, y de todo peso.

Escrib. ¿Y de quién tiene vm. sospechas?

Onof. De todo el mundo: y así quiero que pongais presos á la ciudad, y á sus arrabales.

Escrib. Pues señor, creame vm.: es necesario no despertar á nadie, y procurar recoger con sigilo algunas pruebas para proceder despues, por medio del rigor, al recobro del dinero robado.

SCENA II.

Los mismos y Simon desde el fondo del teatro mirando hácia adentro.

Sim. Vuelvo al instante. En el ínterin degollarle, quebrarle los pies, meterle en agua hirviendo, y luego colgarle de una escarpia.

Onof. ¿A quién? ¿al que me ha robado?

Sim. Hablo de un cochinillo de leche, que acaba de traer el mayordomo, y que yo quiero componérsele á vm. á mi modo.

Onof. Ya no se trata de eso: el señor viene aquí á otra cosa.

Æscrib. No hay que asustarse: yo no soy algun Neron, y las cosas irán con suavidad.

Sim. Pero, señor, ¿es sobre la cena?

Onof. Amigo mio, es necesario no ocultar nada á vuestro amo.

Sim. A fé mia, señor, que yo echaré toda mi habilidad, y os serviré lo mejor que me sea posible.

Onof. Si no es eso.

Sim. Sino le hago á vm. tan buena cena como yo quisiera, la culpa no es mia sino del señor mayordomo, que me rapa las alas con las tixeras de su maldita economía.

Onof. Pícaro, aquí se trata de otra cosa que de comer. Yo quiero que me des noticias del dinero que se me ha robado.

Sim. ¿Se os ha robado dinero?

Onof. Sí, canalla; y como no me lo vuelvas al instante, te se va á ahorcar.

Æscrib. Vamos, señor, no hay que ultrajarle. Yo conozco en su semblante que es hombre de bien, y que sin dar lugar á ir á la cárcel, nos descubrirá lo que querramos saber. Sí, amigo, si confiesas la verdad, no te se hará ningun mal; al contrario te gratificará tu amo como corresponde. Se le ha robado hoy su dinero, y tú es pre-

ciso que sepas algo sobre el particular.

Aparte.

Sim. ¡Qué ocasion ésta tan famosa para vengarme del mayordomo! Desde que entró en casa, él es el favorito: no se hace sino lo que él quiere, y le tengo unas ganas desde los palos...

Onof. ¿Qué es lo que estás mascullando?

Escrib. Déxele vm. que está disponiéndose á daros gusto: bien he dicho yo que era hombre de bien.

Sim. Señor, si vm. quiere que yo le diga lo que hay, me parece que quien ha hecho el robo es vuestro querido mayordomo.

Onof. ¿Quién? ¿Jacinto?

Sim. Sí señor.

Onof. ¿Jacinto, á quien yo tengo por tan fiel?

Sim. El mismo: yo creo que es él quien ha dado el asalto.

Onof. ¿Y sobre qué te fundas para creerlo!

Sim. ¿Sobre qué?

Onof. Sí, ¿por qué lo crees?

Sim. Yo lo creo porque... porque lo creo.

Escrib. Pero es necesario digas los indicios que tienes para ello.

Onof. ¿Le has visto tú rondar hácia el sitio donde yo tenia mi dinero?

Sim. Si señor... ¿Dónde le tenia vm.?

Onof. En el jardin.

Sim. Cabalito: yo le visto rondar el jardin. ¿Y en qué tenia vm. el dinero?

Onof. En una caxita.

Sim. Vea vm. averiguado el asunto: yo le he visto una caxita.

Onof. ¿Y qué hechura tenia esa caxita? Yo conoceré si es la mia.

Sim. ¿Qué hechura tenia?

Onof. Sí.

Sim. Ella tiene una hechura, una hechura como de caxita.

Escrib. Es regular: pero da algunas señales de ella para ver...

Sim. Es una caxita bastante grande.

Onof. No: la que me han robado es pequeñita.

Sim. He... si se la quiere hacer pequeña, pequeña es; pero yo la llamo bastante grande por lo que tenia dentro.

Escrib. ¿Y de qué color era?

Sim. ¿De qué color?

Escrib. Sí.

Sim. Es de un color... así... como de cierto color... de de...

Onof. ¿De qué?

Sim. Un color roxo.

Onof. No hombre, si es un color gris.

Sim. Pues un gris que tira á roxo, eso es lo que yo queria decir.

Onof. No hay duda, ella es seguramente... Extienda vm., extienda vm. su deposicion. Dios mio, ¿á quién se ha de fiar uno en adelante? sobre que no se puede jurar por nadie: al ver esto, yo creo que soy capaz de robarme á mí mismo.

Sim. Señor, aquí viene el mayordomo. Cuidado que no vaya vm. á decirle, que yo le he descubierto el robo.

SCENA III.

Los mismos y Jacinto.

Onof. Acércate, acércate: ven á confesar la accion mas negra, el atentado mas horrible que se ha podido cometer en el mundo.

Jac. ¿Y de qué me habla vm. señor?

Onof. ¡Cómo infame! ¿no te avergüenzas de tu delito?

Jac. ¿De qué delito me quiere vm. hablar?

Onof. ¿De qué delito te quiero hablar? traidor:

como si no supieses lo que quiero decir. En vano pretendes disimularlo, pues se me acaba de descubrir todo ahora mismo. ¿Cómo? ¿Abusar de este modo de mi bondad, introduciéndose en casa expresamente para venderme, y jugarme un petardo de esta naturaleza?

Jac. Señor, puesto que todo se os ha descubierto, yo no quiero buscar rodéos, ni negaros la verdad del hecho.

Aparte.

Sim. Calla, calla: ¡qué bueno que yo haya adivinado sin pensar en ello!

Jac. Mi intencion, señor, era hablaros sobre el particular, y solo esperaba una coyuntura favorable para hacerlo; pero pues la suerte lo ha dispuesto de otro modo, os pido encarecidamente no os irriteis, y tengais la bondad de escuchar mis razones.

Onof. ¿Y qué razones tan lindas puedes darme, ladron infame?

Jac. ¡Ah señor! yo no he merecido esos nombres. Es cierto que he cometido una ofensa contra vos; pero al fin mi falta es perdonable.

Onof. ¿Cómo perdonable? ¿Un crímen tan premeditado? ¿Un asesinato semejante?

Jac. Por amor de Dios, señor, que no os encolericeis de esa suerte. Quando me hayais oído, conoceréis que el mal no es tan grande como se hace.

Onof. ¿El mal no es tan grande como yo le hago? ¡Qué! mi sangre, mis entrañas: vergante.

Jac. Vuestra sangre, señor, no ha caído en tan malas manos, puesto que yo soy de una condicion que no la desmerece; y últimamente nada hay en el asunto que no lo pueda yo reparar.

Onof. Eso es lo que yo quiero, que me restituyas lo que me has robado.

Jac. Vuestro honor será completamente satisfecho.

Onof. ¿Qué honor ni qué calabaza? Aquí no se trata de honor. Pero dime, ¿qué es lo que te ha movido á executar una accion como ésta?

Jac. ¡Ah señor! ¿y es posible que me hagais tal pregunta?

Onof. Sí seguramente, yo te la hago.

Jac. Un Dios que lleva consigo las disculpas de todo quanto hace executar su impulso: el amor.

Onof. ¿El amor?

Jac. Si señor: el amor.

Onof. Lindo amor, lindo por vida mia: ¿el amor de mis onzas, he?

Jac. No señor, no son vuestras riquezas las que me han estimulado, no son ellas las que han podido excitarme á semejante accion: yo os ofrezco no aspirar á cosa alguna de todos vuestros bienes, con tal que me concedais el que ya tengo.

Onof. Un demonio... no te le dexaré tal... ¡pero vea vm. qué insolencia! querer guardarse el robo que me ha hecho.

Jac. ¿Y vos, señor, llamais á esto un robo?

Onof. ¿Si le llamo robo? Con que un tesoro como éste...

Jac. Es verdad que es un tesoro, y un tesoro el mas precioso que teneis sin duda; pero el dexármele á mí no será perderle. Yo os pido, señor, de rodillas este tesoro lleno de gracias, y ved que para proceder con cordura es necesario que me le concedais.

Onof. ¿Luego no haré nada de mas? ¿Qué diablos quiere decir esto?

Jac. Nosotros nos hemos prometido una fé recíproca, y hecho juramento de no abandonarnos jamas.

Onof. Como soy, que el juramento es admirable, y la promesa muy graciosa.

Jac. Si señor, nos hemos empeñado en ser uno de otro para siempre.

Onof. Yo os lo impediré, sí: te lo aseguro.

Jac. Solo la muerte podrá ser capaz de separarnos.

Onof. Vaya, que es estar bien endemoniado con mi dinero.

Jac. Ya os he dicho, señor, que no es el interés quien me ha movido á hacer lo que he hecho. Mi corazon no se ha conducido por los resortes que imaginais: un motivo mas noble me ha inspirado esta resolucion.

Onof. Vms. verán que lo que ha hecho ha sido por caridad; pero yo sabré lo que conviene, y la justicia, infame descarado, hará que me las pagues.

Jac. Vm. procederá como guste, y yo estoy dispuesto á sufrir todos los rigores de vuestro ceño; pero á lo ménos os suplico esteis firmemente persuadido, que si hay algun mal en este negocio, yo soy el único á quien se debe acusar, y que vuestra hija no tiene en él la menor culpa.

Onof. Yo lo creo: pues no faltaba mas sino que mi hija hubiera entrado en la danza: bueno sería que ella contribuyese á un delito semejante.

Pero mira, yo deseo ver mi pobrecita, y así quisiera me dixeses á dónde la has llevado.

Jac. ¿Yo señor? yo no la he llevado á ninguna parte, ella está todavía en vuestra casa.

Aparte.

Onof. ¡O caxita de mi corazon! ¿Con qué de veras no ha salido de casa?

Jac. No señor.

Onof. Y dime... la verdad... ¿no has llegado á ella?

Jac. ¿Yo llegar á ella? ¡Ah señor! ved que la haceis, y á mí tambien, una ofensa de las mas graves: yo os aseguro que es con una llama pura y respetuosa con la que mi corazon arde por ella.

Aparte.

Onof. ¡Arder por mi caxita!

Jac. Yo desearia morir cien veces primero que haber tenido el atrevimiento de demostrarla la menor idea que la ofendiese; además de que ella es demasiado honesta para poderlo sufrir.

Aparte.

Onof. ¡Mi caxa demasiado honesta!

Jac. Todos mis deseos se han limitado á gozar de su vista, y nada de criminal ha podido profanar la pasion que sus hermosos ojos me han inspirado.

Aparte.

Onof. ¡Los hermosos ojos de mi caxa! El habla de ella lo mismo que pudiera hablar de su dama un amante muy tierno.

Jac. La señora Claudia sabe la verdad de todo el negocio, y podrá aseguraros...

Onof. ¡Qué! ¿mi criada es cómplice de esta infamia?

Jac. Sí señor, ella ha sido testigo de nuestro empeño, y ella es quien despues de conocer la pureza de mi amor me ha ayudado á convencer á vuestra hija para que me otorgase su mano y recibiese la mia.

Aparte.

Onof. Hui... ¡Christo mio! ya el temor de la horca le hace delirar. ¿Qué diablos de embrollo nos vienes á formar ahora sobre mi hija?

Jac. Digo, señor, que he tenido que emplear todos los esfuerzos del mundo para conseguir, que su pudor consintiese á mis amantes deseos.

Onof. ¿El pudor de quién, gran demonio?

Jac. De vuestra hija.

Onof. ¿De mi hija?

Jac. Sí señor, de vuestra hija, que al fin pude resolverla desde ayer á que me firmase una promesa de matrimonio.

Onof. ¿Mi hija te ha firmado una promesa de matrimonio?

Jac. Si señor, y yo le he firmado otra de mi parte.

Onof. Dios mio: otra desgracia.

Sim. Escriba vm. señor Escribano, escriba vm.

Onof. ¡Repeoramiento de mal! ¡cúmulo de desesperacion!... Vamos, vamos... haga vm. su obligacion, y fórmemele vm. ahí su proceso como ladron y como seductor.

Sim. Así, así: como ladron y como seductor.

Jac. Esos son unos nombres que yo no he merecido, y quando se llegue á saber quién soy...

SCENA IV.

Los mismos, Luisa, Mariana y Lucía.

Onof. ¡Ah hija malvada, hija indigna de un padre como yo! ¿de este modo practicas las lecciones que yo te he dado? ¿tú te dexas seducir de un robador infame, y tú le empeñas tu palabra sin mi consentimiento? Mas yo os escarmentaré á uno y á otro.

A Luisa.

Quatro buenas murallas me asegurarán de tu conducta.

A Jacinto.

Una buena horca me hará justicia de tu atrevimiento.

Jac. Eso lo verémos: no ha de ser la pasion de vm. la que lo ha de juzgar, pues á lo ménos se me oirá ántes de condenarme.

Onof. Sí, pero he dicho mal: una horca no basta: es necesario desquartizarte vivo, vivo.

Luis. ¡Ah padre mio! yo os suplico abraceis unos sentimientos mas humanos, no llevando las cosas á las últimas violencias de la potestad paterna. No os dexeis arrastrar, señor, de los primeros movimientos de vuestra pasion, reflexîonando con madurez lo que vais á executar. Exâminad mejor la persona contra quien tanto os irritais distinta de la que habeis creído; y haciéndoos cargo de que sin su socorro ha mucho tiempo que os hallariais privado de vuestra hija, encontraréis ménos extraño que esta misma hija haya consentido en premiar su generosidad y su amor, correspondiendo á sus honestos deseos. Sí, padre mio: él es quien me libertó del furor de las aguas, y á quien debeis la vida de esta infelice hija.

Onof. Todo eso no vale nada: mejor sería que te

hubiera dexado ahogar, que no hacer ahora lo que ha hecho.

Luis. Yo os pido rendidamente, padre mio, por el amor que siempre...

Onof. Nada, nada: es necesario que la justicia haga su deber.

Sim. Yo te aseguro, que me has de pagar los palos.

SCENA V.

Los mismos y Don Anselmo.

Ans. ¿Qué es esto, señor Don Onofre? ¿Qué es lo que os sucede, que os hallo todo tan conmovido?

Onof. ¡Ah señor Don Anselmo, vm. vé aquí al mas desgraciado de todos los hombres, y vm. encuentra tambien bastante trapisonda en el contrato que veniais á celebrar. Se me asesina en el bolsillo, se me asesina en el honor. Vea vm. aquí un infame, que ha violado todos los derechos mas santos, introduciéndose en mi casa baxo el título de criado para robarme mi dinero, y para seducirme mi hija.

Jac. Yo no entiendo lo que quereis decir con

tanto repetir sobre vuestro dinero: aquí nadie ha pensado en él.

Onof. Sí señor, Don Anselmo de mi alma: ellos se han dado uno á otro palabra de casamiento, y esta afrenta recae tan sobre vm., que es indispensable se muestre parte contra él, y haga á su costa todas las diligencias judiciales para vengarse de semejante insolencia.

Ans. Por lo que respecta al casamiento nada tengo que hacer, pues de ningun modo solicito que se verifique conmigo por la fuerza, ni ménos apetezco un corazon que voluntariamente se haya entregado á otra persona; pero por lo que hace á vuestros intereses, estoy dispuesto á defenderlos como si fuesen mios propios.

Onof. Aquí está un señor Escribano que, segun me ha ofrecido, no olvidará nada de lo que corresponde á su oficio. Apretadle, pues, como merece, y acriminad en forma este negocio.

Jac. Yo no sé qué crímen se me pueda hacer de la pasion que tengo por vuestra hija, ni á qué suplicio pueda ser condenado, como vos imaginais, quando se llegue á descubrir quién soy.

Onof. Quién soy, quién soy: yo me rio de todas esas bocanadas: el mundo está en el dia lle-

no de estos ladrones señores, de estos caballeros impostores, que aprovechándose de la obscuridad de su nacimiento, se adornan insolentemente del primer nombre y apellido que se les pone en la cabeza.

Jac. Sepa vm. que tengo demasiado pundonor para adornarme de nada que no me sea muy propio, y que toda Córcega puede dar testimonio de lo distinguido de mi familia.

Ans. Poco á poco, señor mio: cuidado con lo que vais á decir, porque quizá os arriesgais mas de lo que habreis creído, puesto que se halla presente un hombre que conoce á toda Córcega, y que puede con facilidad exâminar la historia que querrais hacernos.

Jac. Yo no soy capaz de dar motivo á rezelar de nada; y pues que os es conocida toda Sicilia, sabréis tambien quién era Don Tomas Alburci.

Ans. Sin duda que lo sé; y tanto, que muy pocas personas le habrán conocido mejor que yo.

Onof. Y digo: ¿sabe vm. qué tengo yo que hacer con Don Tomas, ni con Don Martin?

Vé Don Onofre dos velas encendidas, y apaga una.

Ans. Yo os suplico que le dexeis hablar: verémos lo que nos quiere decir con eso.

Jac. Quiero decir, que ese Don Tomas Alburci es el mismo que me ha dado el sér.

Ans. ¿Quién? ¿él?

Jac. Si señor.

Ans. Vaya, vaya; id con Dios, y forjad alguna otra historia que os pueda salir mejor, no pretendiendo poneros á cubierto con una impostura semejante.

Jac. Pensad vos, digo yo, en hablar con mas moderacion. Léjos de ser una impostura lo que acabo de decir, me es muy fácil justificar la realidad de todo ello.

Ans. Y qué, ¿os atreveis á llamar hijo de Don Tomas Alburci?

Jac. Si señor, me atrevo; y estoy pronto á sostenerlo contra qualquiera.

Ans. El atrevimiento es muy particular. Sabed, pues, para vuestra confusion, que ese sugeto de que nos hablais hace diez y seis años por lo ménos que pereció en el mar con su muger é hijos, huyendo de su patria por la persecucion de unas familias poderosas, con quienes se habia malquistado de resultas de un lance de

honor en que quiso vindicarse.

Jac. Sí señor; pero sepa vm. tambien para su confusion, que su hijo de siete años, con un doméstico que los acompañaba, fuéron salvados del naufragio por un navío español; y que este hijo, libertado de las aguas, es el mismo que os está hablando. Sepa vm. igualmente que el Capitan de dicho navío, compadecido de mi desgracia, y prendado de mi inocencia, me conduxo á su casa é hizo educar como si fuera hijo suyo, proporcionándome la honrosa carrera de las armas: que habiendo sabido pocos tiempos hace que mi padre no habia muerto, segun se creyó hasta entónces, resolví marchar á solicitar algunas noticias de su paradero, y que pasando por esta ciudad, y llegando á ver por una aventura muy singular á la adorable Luisa, quedé tan rendido á su hermosura, que careciendo de otro medio, resolví entrar en su casa en clase de criado para lograr de su vista, enviando otra persona á indagar las noticias de mi padre.

Ans. ¿Pero qué comprobacion daréis á vuestras aserciones para quitarnos el rezelo de que puedan ser una fábula compuesta sobre un principio verdadero?

Jac. El testimonio del mismo Capitan Español: la exîstencia en mi poder de una sortija de rubíes que fué de mi padre; un bracelete de agatas que mi madre me habia puesto en un brazo, y en fin, la relacion del anciano Pedro, doméstico antiguo de mis padres.

Mar. ¡O Dios mio! á semejantes pruebas, yo soy quien puede responder aquí: yo quien no puede engañarse, y quien en lo que acabais de decir conoce claramente que vos sois hermano mio.

Jac. ¿Yo hermano vuestro?

Mar. Sí, vos hermano mio: mi corazon se habia conmovido todo desde el punto que empezásteis á hablar, acordándome las desgracias de nuestra familia, que me ha contado muchas veces la tierna madre que vais á ver de nuevo. El cielo nos libertó tambien á nosotras del terrible naufragio; pero fué á costa de privarnos de nuestra libertad, llevándonos en un despojo de la embarcacion á manos de corsarios, que cargadas de cadenas nos han hecho sufrir una esclavitud de diez años. Libres de ella, al cabo de este largo tiempo, volvímos á Córcega en busca de noticias de nuestro amado padre; pero no pudiendo penetrar de ningun modo la suerte que

habia sufrido, y hallando vendidos por la justicia, y perdidos los pocos bienes que habia dexado en aquel reyno, nuestra afligida madre, huyendo unos lugares que debian serla aborrecibles, pasó á Génova á recoger las reliquias de una desgraciada herencia, con las quales trasladada despues á esta ciudad, se resolvió á dar fin á su vida en la mediocridad á que la habia reducido la suerte.

Ans. ¡Gran Dios! ¡qué grandes son los rasgos de tu omnipotencia, y qué claramente haceis ver que solo á tí corresponde hacer milagros! Abrazadme, hijos mios, abrazadme, y mezclad vuestra alegría con la de un tierno padre.

Jac. ¿Vos, señor, nuestro padre?

Mar. ¿Vos por quien tanto ha llorado mi desgraciada madre?

Ans. Sí, hija mia: sí, hijo querido: yo soy Don Tomas Alburci, á quien el cielo libertó de las ondas con todas sus riquezas, y quien habiéndoos creído á todos muertos al cabo de diez y seis años, se disponia despues de tantos viages á encontrar en el matrimonio con una virtuosa y prudente muger el consuelo de alguna nueva familia. La poca seguridad de mi vida, si regresa-

ba á Córcega, me ha obligado á renunciar para siempre mi patria, y á que vendiendo disimuladamente los bienes y alhajas que tenia, me haya avecindado en esta ciudad baxo el fingido nombre de Don Anselmo, para evitar los temores del de Don Tomas, que tantas desgracias me ha originado. Abrazadme, pues, de nuevo, amados hijos.

Onof. ¿Con que en efecto es vuestro hijo?

Ans. Sin la menor duda.

Onof. Pues señor mio, á vos me agarro para que me pagueis dos mil doblones que me ha robado.

Ans. ¿Quién? ¿él haberos robado?

Onof. El, sí señor, él mismo.

Jac. ¿Y quién puede haberos dicho semejante cosa?

Onof. Este, éste lo ha dicho.

Jac. ¿Cómo? ¿eres tú quien lo dice?

Sim. Yo ya vé vm. que no digo nada.

Onof. Aquí tienen vms. al señor Escribano que ha recibido su declaracion.

Jac. ¿Y puede vm. creerme capaz de cometer una accion tan infame?

Onof. Capaz, ó no capaz, señor mio, yo quiero que se me vuelva mi dinero.

SCENA ULTIMA.

Don Onofre, Don Anselmo, Luisa, Mariana, Joaquin, Jacinto, Lucía, un Escribano, Simon y Martin.

Joaq. No os atormenteis, padre mio, ni acuse vm. á nadie. Yo he descubierto dónde se halla vuestro dinero; y vengo aquí para deciros, que si os resolveis á dexarme casar con Mariana, se os devolverá al instante.

Onof. ¿Y dónde está?

Joaq. Eso no le dé á vm. cuidado, pues está en parage seguro y á mi disposicion, con que en vm. solo depende, resolviéndose á darme á Mariana, ó perder la caxita.

Onof. ¿Pero no se le ha quitado nada?

Joaq. Nada, nada: vea vm. si determina consentir en este matrimonio, uniendo su permiso al de la madre de Mariana, que la dexa en libertad de elegir entre vm. ó yo.

Mar. Mas advertid que ya no basta el consentimiento de mi madre, puesto que juntamente con un hermano me restituye hoy el cielo un padre, de quien es necesario me obtengais.

Señalándolos respectivamente.

Ans. El cielo, hijos mios, no os devuelve un padre para oponerse á vuestros lícitos deseos. Señor Don Onofre, ya conoceréis que la eleccion de una jóven recaerá mas bien sobre el hijo, que no sobre el padre: con que así, no deis lugar á decir lo que es necesario, y dad vuestro consentimiento, como yo lo hago, para que se celebren estos dos matrimonios.

Onof. Sí señor: pero para darme consejos es necesario que vea yo mi caxita.

Joaq. Vm. la verá sana y entera.

Onof. Es que yo no puedo tampoco darles nada á mis hijos en dote.

Ans. Eso no le hace: yo, á Dios gracias, tengo bastantes bienes para que se mantengan con mucha decencia.

Onof. Y correrá vm. con todos los gastos...

Ans. Enhorabuena. ¿Estais satisfecho?

Onof. Sí, con tal que para las bodas me mandeis hacer un vestidillo.

Ans. Convengo. Vamos, pues, á disfrutar del gozo que nos presenta este dia tan feliz.

Escrib. Ola, señores, poco á poco: ¿y quién me ha de pagar mi trabajo?

Onof. Nosotros no tenemos que hacer con vuestro

trabajo: ahí os entrego á un hombre para que le podais ahorcar.

Sim. ¡Dios mio! ¿cómo lo ha de hacer uno? Se me da de palos por decir la verdad, y se me quiere ahorcar por decir la mentira.

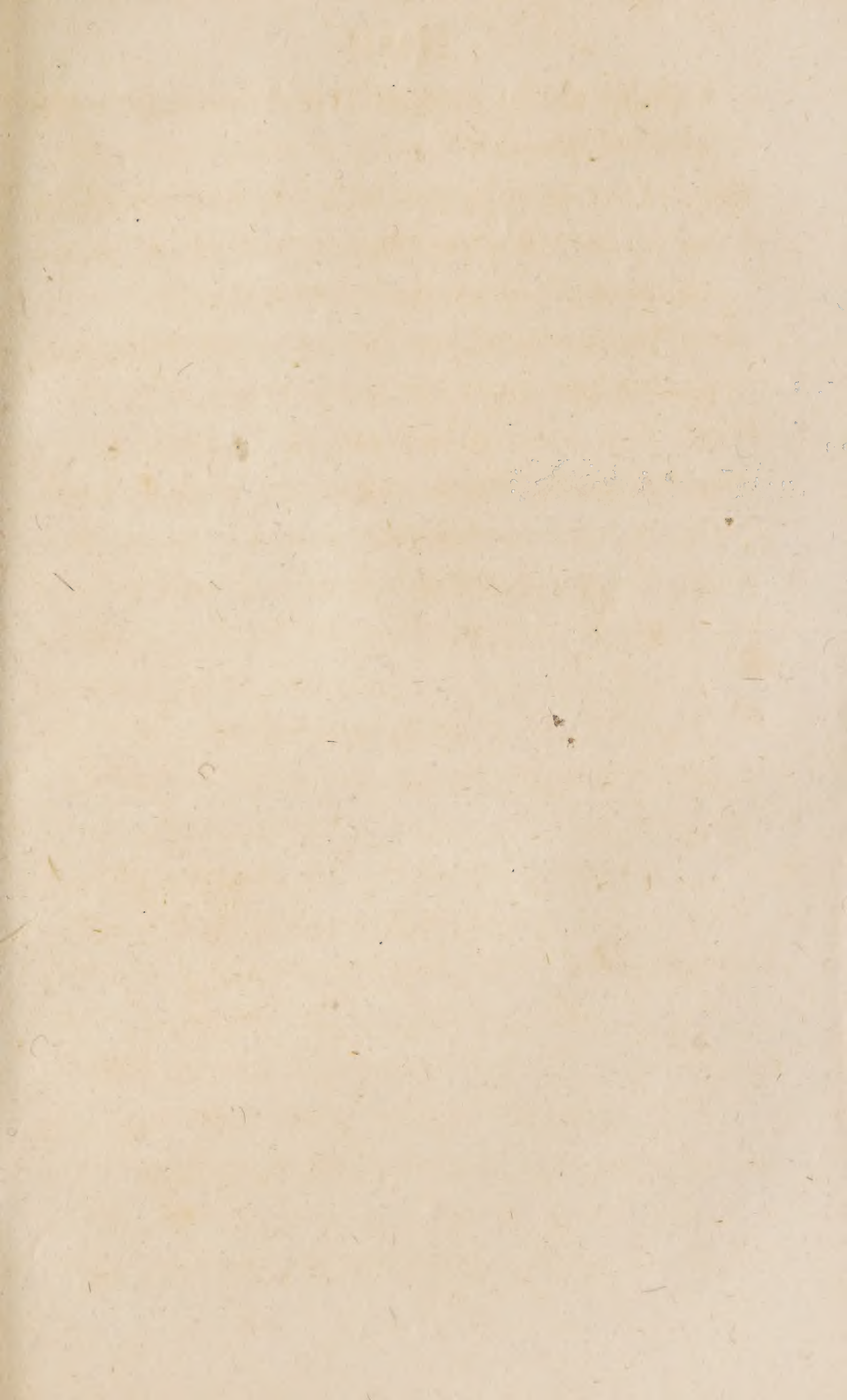
Ans. Vaya señor Don Onofre, es menester perdonarle por esta vez.

Onof. Bien: pero pagará vm. al Escribano.

Ans. Sea así, y vamos aprisa á dar parte de nuestras dichas á vuestra pobre madre.

Onof. Y yo á ver á mi querida caxita.

FIN.



[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Quixote, [illegible]

[illegible]

Gon. [illegible] pero [illegible]

[illegible] y [illegible]

[illegible]

Gon. Y [illegible] á [illegible]

[illegible]

